

E.M. Cioran

DESGARRADURA



Emile Cioran

DESGARRADURA

Título Original: Ecartèlement, 1983

Nacido en Rumania, en 1911, Cioran estudió y ejerció la cátedra de filosofía en su tierra natal. Luego viajó a París para doctorarse, y se quedó allí. Desde 1947 escribe en francés. A través de libros como «Breviario de podredumbre» (1949), «La tentación de existir» (1956) y «Del inconveniente de haber nacido» (1973), se ha convertido en uno de los mejores escritores contemporáneos en esa lengua.

Hallamos aquí al Cioran de siempre: la misma precisión diabólica, la misma inquietud por la historia, el mismo furor ante la humillación de ser tan sólo un hombre. El autor hace pedazos la figura convencional del filósofo al no rebajarse nunca a "pensar por pensar».

Su obra describe una trayectoria que va de la lucidez en carne viva, insoportable, de sus primeros textos, a la promoción inexorable de la ironía, que en este libro es ya "la ley del mundo".

Dice en su ensayo «Después de la historia», aparecido en este volumen: "Los imperios se acaban víctimas de la descomposición o de la catástrofe, o de ambas cosas a la vez. Lo mismo sucede con la humanidad en general".

Las dos verdades

*"La hora de cierre ha sonado ya
en los jardines de Occidente"
Cyril Connolly*

Según una leyenda de inspiración gnóstica, en el cielo se desarrolló una lucha entre los ángeles en la cual los partidarios de Miguel vencieron a los del Dragón. Los ángeles indecisos que se limitaron a mirar fueron relegados a la Tierra, para que en ella llevasen a cabo la elección a la que no se habían resuelto arriba, elección tanto más penosa cuanto que no traían recuerdo alguno del combate y menos aún de su actitud equívoca.

Así, la causa de la historia sería un titubeo y el hombre el resultado de una vacilación original, de la incapacidad para tomar partido en la que se hallaba, antes de su destierro. Arrojado a la tierra para aprender a optar, se verá condenado al acto, a la aventura, en la que podrá brillar sólo si ha asfixiado en sí mismo al espectador. Si el cielo permite, hasta cierto punto, la neutralidad, la historia, por el contrario, aparece como el castigo de quienes, antes de encarnarse, no hallaron ninguna razón para adherirse a un campo en lugar de al otro. Se comprende, pues, que los humanos tengan tanta prisa por abrazar una causa, por aglutinarse alrededor de una verdad. Pero, ¿alrededor de qué clase de verdad?

El budismo tardío, especialmente la escuela Madyamika, subraya la oposición radical entre la verdad verdadera o *paramartha*, atributo del liberado, y la verdad relativa o *samvriti*, verdad velada, verdad de error más exactamente, privilegio o maldición del no emancipado.

La verdad verdadera, que asume todos los riesgos, incluso el de la negación de toda verdad y el de la idea misma de verdad, es prerrogativa del inactivo, de quien se coloca deliberadamente fuera del círculo de los actos y sólo se interesa por la apropiación (brusca o metódica, da lo mismo) de la insustancialidad; apropiación que no va acompañada de ningún sentimiento de frustración, pues la apertura a la no-realidad supone un misterioso enriquecimiento. Para él la historia será un mal sueño al que deberá resignarse, dado que nadie está en condiciones de elegir sus propias pesadillas.

Para aprehender la esencia del proceso histórico, o más bien su *falta* de esencia, es preciso rendirse a la evidencia de que todas las verdades que acarrea son verdades erróneas, porque atribuyen una naturaleza propia a lo que carece de ella, una sustancia a aquello que no puede poseerla. La teoría de la doble verdad permite discernir el lugar que ocupa, en la escala de las irrealidades, la historia: paraíso de sonámbulos, obnubilación en marcha. En el fondo, no carece por completo de esencia, puesto que es *esencia de engaño*, clave de cuanto ciega, de cuanto ayuda a vivir en el tiempo.

Sarvakarmafalatyaga... Hace años, escribí esta palabra fascinante en grandes caracteres sobre una hoja de papel y la coloqué en la pared de mi habitación a fin de poder contemplarla todo el día. Estuvo allí varios meses; acabé quitándola al advertir que cada vez me apegaba más a su magia y menos a su contenido. Sin embargo, lo que significa, *desapego del fruto del acto*, es de tal trascendencia, que quien se impregnara de ello ya no tendría nada que realizar en la vida, pues habría alcanzado lo único que importa, la verdad verdadera, anuladora de todas las demás y vacía también pero de un vacío consciente de sí mismo. Imagínese una toma de conciencia suplementaria, un paso más hacia el *despertar*: quien lo efectuara no sería más que un fantasma.

Cuando se ha palpado esta verdad límite se comienza a hacer un triste papel en la historia, la cual se confunde entonces con el conjunto de las verdades erróneas, verdades dinámicas cuyo inevitable principio es la ilusión. Aquellos que han despertado, los desengañados, fatalmente débiles, no pueden ser centro de ningún acontecimiento, pues han vislumbrado la inanidad. La interferencia de ambas verdades es fértil para el despertar, pero nefasta para el acto. Señala el comienzo de un resquebrajamiento, tanto en el individuo, como en una civilización o incluso en una raza.

Antes del despertar se atraviesan horas de euforia, de irresponsabilidad, de embriaguez; pero al abuso de la ilusión sucede la saciedad. Quien ha despertado se halla despegado de todo, es el ex-fanático por antonomasia, alguien que no puede continuar soportando el peso de las quimeras, ya sean éstas tentadoras o grotescas. Tan lejos se encuentra de ellas que no entiende por qué especie de extravío llegaron a deslumbrarle. Gracias a ellas había podido brillar y afirmarse; ahora, tanto su pasado como su porvenir le parecen apenas imaginables. Ha dilapidado su sustancia, a semejanza de esos pueblos sometidos al demonio de la movilidad que evolucionan con demasiada rapidez y a fuerza de demoler ídolos acaban por quedarse sin ninguno de reserva. Charron observó que hubo en Florencia más efervescencia y desórdenes en diez años que entre los grisones en quinientos, de lo cual concluyó que una comunidad sólo puede subsistir si *adormece* su intelecto.

Las sociedades arcaicas duraron tanto tiempo porque ignoraban el ansia de innovar, de postrarse continuamente ante nuevos simulacros. Cuando éstos cambian con cada generación, no puede esperarse una gran longevidad histórica. La antigua Grecia y la Europa moderna son tipos de civilización heridos de muerte precoz por su avidez de metamorfosis y su excesivo consumo de dioses y sucedáneos de dioses. China y Egipto gozaron durante milenios de una magnífica esclerosis, igual que las sociedades africanas, ahora también amenazadas por haber adoptado otro ritmo tras su contacto con Occidente. Habiendo perdido el monopolio del anquilosamiento, se agitan cada vez más, e inevitablemente van a venirse abajo como sus modelos, como esas civilizaciones febriles incapaces de resistir más de una decena de siglos. Los pueblos que en el futuro accedan a la hegemonía la disfrutarán menos tiempo aún: una historia jadeante ha sustituido de modo inexorable a la historia al *ralenti*. ¡Cómo no echar de menos a los faraones y a sus *colegas* chinos!

Instituciones, sociedades y civilizaciones difieren en duración y significado, aunque se encuentran sometidas a una ley según la cual el impulso incontenible que produce su ascensión tiende a relajarse y amortiguarse al cabo de cierto tiempo; la decadencia corresponde siempre a un apaciguamiento de ese generador de fuerza que es el delirio. Comparados a los periodos de

expansión o, para ser más exactos, de demencia, los de declive parecen razonables, y lo son, incluso demasiado, lo cual los hace casi tan nefastos como los otros.

Un pueblo que se ha realizado, que ha derrochado sus talentos y explotado hasta el fin los recursos de su genio, expía ese triunfo no produciendo nada más. Ha cumplido su deber, aspira a vegetar; desgraciadamente, no lo conseguirá nunca. Cuando los romanos -o lo que quedaba de ellos- quisieron descansar por fin, los bárbaros, en masa, se pusieron en movimiento. En un libro sobre las invasiones puede leerse que los germanos que prestaban servicio en el ejército y la administración del imperio solían adoptar, hasta mediados del siglo V, nombres latinos. A partir de entonces el nombre germánico se impuso. Extenuados, retrocediendo en todos los terrenos, quienes ostentaban todavía el poder dejaron de ser temidos y respetados: ¿para qué llamarse como ellos? "Un fatal adormecimiento reinaba en todas partes", observa Salviano, el censor más acerbo de la delicuescencia antigua en su última etapa.

*

Una noche en el metro miré atentamente a mi alrededor: todos procedíamos de otro lugar... Entre nosotros, dos o tres figuras *de aquí*, siluetas azoradas que daban la impresión de pedir perdón por su presencia. El mismo espectáculo en Londres.

Las migraciones no se realizan ya por desplazamientos compactos sino por infiltraciones sucesivas entre los "indígenas", demasiado exangües y distinguidos para rebajarse a la idea de un "territorio". Tras mil años de vigilancia, las puertas se abren... Si se piensa en la larga rivalidad que existió entre franceses e ingleses, y franceses y alemanes después, se diría que todos ellos, debilitándose recíprocamente, no tenían más objetivo que precipitar la hora de su hundimiento común para que otros especímenes de humanidad tomaran el relevo. La nueva *Völkerwanderung*, al igual que la antigua, suscitará una confusión étnica cuyas fases no pueden preverse con claridad. Ante cataduras tan dispares, la idea de una comunidad mínimamente homogénea resulta inconcebible. La posibilidad misma de una multitud tan heteróclita sugiere que en el espacio que ésta ocupe, no existía ya entre los autóctonos, el deseo de salvaguardar ni siquiera una sombra de identidad. Del millón de habitantes que tenía Roma en el siglo III de nuestra era, sólo sesenta mil eran latinos de origen. Cuando un pueblo realiza la idea histórica que tenía la misión de encarnar, se queda sin motivos para preservar sus diferencias, para cuidar su singularidad, para salvaguardar sus rasgos en medio de un caos de rostros.

Después de haber dominado los dos hemisferios, los occidentales se están convirtiendo en el hazmerreír del mundo: espectros sutiles y ultrarrefinados, condenados a una condición de parias, de esclavos claudicantes y lábiles, a la que quizás escapen los rusos, esos *últimos* blancos. Ellos poseen aún orgullo, el motor, la *causa* de la historia. Cuando una nación deja de poseerlo y de creerse la razón o la excusa del universo se excluye a sí misma del porvenir: ha *comprendido* al fin -por suerte o por desgracia, según la óptica de cada uno. Y si esto desespera al ambicioso, fascina en cambio al meditativo ligeramente depravado. Sólo las naciones peligrosamente avanzadas merecen hoy nuestro interés, sobre todo cuando mantenemos relaciones poco claras con el Tiempo y giramos en torno a Clío por necesidad de castigo, de flagelación. Es esa necesidad la

que incita a realizar cualquier obra, tanto las grandes como las insignificantes. Todos trabajamos *contra* nuestros propios intereses: no somos conscientes de ello mientras actuamos, pero si analizamos cualquier época advertiremos que nos agitamos y nos sacrificamos siempre por un enemigo virtual o declarado: los protagonistas de la Revolución por Bonaparte, Bonaparte por los Borbones, los Borbones por los Orleans... Tal vez la historia sólo debiera inspirarnos sarcasmo, quizás no posea objeto... Aunque sí, lo posee, y más de uno incluso, lo que sucede es que los alcanza *al revés*. El fenómeno es universalmente verificable. Realizamos lo contrario de lo que perseguimos, avanzamos en contra de la hermosa mentira que nos propusimos; de ahí el interés de las biografías, el menos molesto de los géneros dudosos. La *voluntad* nunca ha servido a nadie: lo más discutible de cuanto producimos es lo que más apreciamos y aquello por lo que nos infligimos mayores privaciones; esto es tan cierto de un escritor como de un conquistador, de cualquiera en realidad. El final de un individuo invita a tantas reflexiones como el final de un imperio o del propio ser humano, tan orgulloso de haber accedido a la posición vertical y tan temeroso de perderla, de volver a su apariencia primitiva y de terminar su carrera como la había empezado: encorvado y velludo. Sobre cada ser pesa la amenaza de un retroceso hacia su punto de partida (como para ilustrar la inutilidad de su recorrido, de todo recorrido) y quien consigue librarse de ella da la impresión de escamotear un deber, de negarse a jugar el juego inventándose un modo de degradarse demasiado paradójico.

*

El papel de los periodos de declive consiste en desnudar a la civilización, en desenmascararla, en despojarla de sus prestigios y de la arrogancia derivada de sus realizaciones. Así ella misma podrá discernir lo que valió y lo que vale, lo que de ilusorio había en sus esfuerzos y en sus convulsiones. En la medida en que vaya desprendiéndose de las ficciones que aseguraron su gloria irá avanzando considerablemente hacia el conocimiento..., hacia el desengaño, hacia el despertar generalizado; promoción fatal que la proyectará fuera de la historia, a menos que haya despertado simplemente por haber dejado de estar presente y de sobresalir en ella. La universalización del despertar, fruto de la lucidez (y ésta de la erosión de los reflejos) es signo de emancipación en el orden del espíritu y de capitulación en el de los actos, en el de la historia precisamente, la cual se reduce a una declaración de quiebra: en cuanto nos ponemos a observarla parecemos espectadores consternados. La correlación maquinal que se establece entre *historia* y *sentido* es el ejemplo perfecto de verdad errónea. La historia posee un sentido, si se quiere, pero este sentido la incrimina, la niega constantemente, volviéndola picante y siniestra, lamentable y grandiosa; en una palabra, insoportablemente desmoralizadora. ¿Quién la tomaría en serio si no fuera el camino mismo de la degradación? El hecho de que existan historiadores dice bastante acerca de lo que es; nuestra conciencia de ella representa, según Erwin Reisner, un síntoma del fin de los tiempos (*Geschichtsbewusstsein ist Symptom der Endzeit*). No se puede, en efecto, tener la obsesión de la historia sin caer en la de su conclusión. El teólogo medita sobre los acontecimientos con vistas al Juicio final; el ansioso (o el profeta) pensando en un decorado menos fastuoso pero no menos importante. Ambos esperan una hecatombe análoga a la que los indios Delaware situaban en el

pasado y durante la cual, según sus tradiciones, no sólo los hombres habían rezado de terror sino también los animales. Puede objetarse que hay también periodos serenos en la historia. Innegablemente existen, pero la serenidad no es más que una pesadilla brillante, un calvario *conseguido*.

*

Imposible aceptar, como pretenden algunos, que lo trágico sea patrimonio del individuo y no de la historia; al contrario, lo trágico la somete y determina más aún que al propio héroe, pues precisamente es su desenlace lo que nos intriga. Nos apasiona la historia porque instintivamente sabemos qué sorpresas la acechan y qué admirables perspectivas ofrece a la aprensión... Sin embargo, para un espíritu lúcido no añade gran cosa a lo insoluble, al atolladero original. Al igual que la tragedia, la historia no resuelve nada porque no hay nada que resolver. Sólo un desequilibrado piensa en el futuro. ¡Lástima que no podamos respirar como si todos los acontecimientos se hubieran detenido! Cada vez que se hacen demasiado patentes, sufrimos un ataque de determinismo, de rabia fatalista. El libre albedrío explica solamente la *superficie* de la historia, las apariencias que toma, sus vicisitudes exteriores, pero no sus profundidades, su desarrollo real, el cual conserva pese a todo un carácter desconcertante. e incluso misterioso. Resulta incomprensible, por ejemplo, que Aníbal después de Cannas no arremetiera contra Roma. Si lo hubiera hecho, hoy nos jactaríamos de descender de los cartagineses. Sostener que el capricho, el azar, es decir, el individuo, no desempeña ningún papel en la historia es una necesidad. No obstante, siempre que consideramos el devenir en su conjunto, el veredicto del *Mahabharata* acude invariablemente a nuestra mente: "El nudo del Destino no puede ser deshecho; nada en este mundo es el resultado de nuestros actos".

*

Víctimas de un doble hechizo, atraídos por las dos verdades, condenados a no poder elegir una sin deplorar inmediatamente la pérdida de la otra, somos demasiado clarividentes para no ser cobardes, para no estar de vuelta tanto de la ilusión como de la ausencia de ilusión. Nos parecemos en ello a Rancé, quien, prisionero de su pasado, consagró su existencia de ermitaño a polemizar con aquellos a quienes había abandonado, con los autores de libelos que ponían en tela de juicio la sinceridad de su conversión y la legitimidad de sus actos, demostrando así que era más fácil reformar la Trapa que abstraerse de su época. De modo similar, nada más fácil que denunciar la historia; nada más arduo en cambio que liberarse de ella, cuando de ella se emerge y olvidarla resulta imposible: ella es el obstáculo a la revelación última, obstáculo que únicamente puede vencerse si se ha percibido la vacuidad de todos los acontecimientos, excepto del que esa misma percepción representa, merced al cual en algunos momentos alcanzamos la verdad verdadera, es decir, la victoria sobre todas las verdades. Comprendemos entonces las palabras de Mommsen: "Un historiador debe ser como Dios, debe amar todo y a todos, incluso al diablo". En otras palabras: dejar de preferir, ejercitarse en la ausencia, en la obligación de no ser nada. De este

modo, es posible imaginar al liberado como a un historiador súbitamente aquejado de intemporalidad.

*

No podemos escoger más que entre verdades irrespirables y supercherías saludables. Sólo las verdades que nos impiden vivir merecen el nombre de verdades, pues, superiores a las exigencias de los vivos, no condescienden a ser cómplices nuestros. Son verdades "inhumanas", verdades de vértigo que rechazamos porque nadie puede prescindir de apoyos disfrazados de *slogans* o de dioses. Lo triste es observar que son los iconoclastas, o aquellos que pretenden serlo, quienes en todas las épocas recurren con más frecuencia a la ficción y a la mentira. Muy enfermo debía de estar el mundo antiguo para necesitar un antídoto tan burdo como el que le administró el cristianismo. En la misma situación se encuentra el mundo moderno, a juzgar por los remedios de los que espera milagros. Epicuro, el menos fanático de los sabios, fue entonces y es todavía hoy el gran perdedor. Con asombro y hasta con espanto, oímos hablar a los hombres de liberar al Hombre. ¿Cómo podrían los esclavos liberar al Esclavo? ¿Y cómo creer que la historia -procesión de desatinos- podrá durar aún mucho tiempo? La hora de cierre sonará pronto en los jardines de todo el mundo.

El aficionado a las memorias

Al hacer la distinción entre el hombre interior y el hombre exterior, los místicos optaban necesariamente por el primero, ser real por antonomasia; el segundo, títere lúgubre o irrisorio, pertenecía de derecho a los moralistas, a la vez acusadores y cómplices suyos, repelidos y atraídos por su ineptitud, capaces de superar el equívoco solamente a través de la amargura, esa tristeza degradada a la que sólo un Pascal no cede pues está siempre por encima de sus aversiones. Precisamente a causa de esa superioridad no dejó ninguna huella en los autores de memorias, mientras que la acrimonia contagiosa de un La Rochefoucauld subyace en todos sus relatos y semblanzas.

El moralista nunca alza la voz ni altera el tono; de ahí que resulte de manera espontánea bien educado. Lo demuestra execrando con elegancia a sus semejantes y, detalle mucho más importante, escribiendo poco... ¿Existe mejor signo de "civilización" que el laconismo? Insistir, explicarse, demostrar, son signos de vulgaridad. En lugar de temer la esterilidad, quien aspire a un mínimo de compostura, debe afanarse en ella, sabotear las palabras en nombre de la Palabra, pactar con el silencio y romperlo sólo durante algunos momentos para mejor volver a él. Aunque procede de un género discutible, la máxima constituye un ejercicio de pudor, ya que permite soslayar la inconveniencia de la plétora verbal. La semblanza, menos exigente por menos sucinta, es con frecuencia una máxima, diluida en ciertos autores, henchida en otros; sin embargo, en casos excepcionales puede aparecer como una máxima sobrecargada, evocar lo infinito por la acumulación de rasgos y la voluntad de exhaustividad; asistimos entonces a un fenómeno sin parangón, a un caso: el del escritor que, a fuerza de sentirse estrecho en una lengua, la rebasa y se evade de ella con todas las palabras que contiene... Las violenta, las desarraiga y se las apropia para hacer con ellas lo que le viene en gana, sin ninguna consideración tampoco hacia el lector, a quien inflige un inolvidable, un magnífico martirio. ¡Qué "mal educado" era Saint-Simon!

... Pero no más que la Vida, de la que es, una especie de réplica literaria. Ninguna tendencia en él por la abstracción, ningún estigma *clásico*: inmerso en lo inmediato, extrajo sus ideas de sus sensaciones y aunque con frecuencia fue injusto, nunca cayó en la falsedad. Comparadas con las suyas, las semblanzas de los demás otros parecen esquemas, composiciones estilizadas desprovistas de energía y veracidad. Ignoraba su propio genio, y esa fue su gran ventaja: desconocía ese caso límite de servidumbre. Nada le turbó ni le intimidó nunca; arremetió contra todo, se dejó llevar siempre por su frenesí, sin inventarse escrúpulos ni miramientos. Poseía una sensibilidad ecuatorial, arruinada por sus desenfrenos, incapaz de soportar los obstáculos que resultan de la deliberación o del repliegue sobre sí mismo. Imposible encontrar un perfil, un contorno definido en él. Cuando creemos que está haciendo un elogio, aparece un rasgo imprevisto, un adjetivo panfletario, que nos saca rápidamente del error; en el fondo no se trata nunca de apologías o de ejecuciones: es el individuo mismo, elemental y tortuoso, vomitado por el Caos en medio de Versalles.

La marquesa Du Deffand, que había leído las *Memorias* en manuscrito, encontraba su estilo

"abominable". Sin duda esa era también la opinión de Duclos, quien las conocía bien por haber extraído de ellas detalles sobre la Regencia, cuya historia escribió en un lenguaje de una insulsez ejemplar: fue un Saint-Simon edulcorado, el vigor aplastado por la gracia. Por su claridad desecadora, por su rechazo de lo insólito y de la incorrección, de lo confuso y de lo arbitrario, el estilo del siglo XVIII hace pensar en una caída *en la perfección*, en la no-vida. Un producto de invernadero, artificial y exangüe, que, por rechazar todo desbordamiento, no podía engendrar una obra completamente original, con lo que eso implica de impuro o desconcertante. Pero sí gran cantidad de obras en las que se exhibe un lenguaje diáfano, sin prolongaciones ni enigmas, un verbo anémico, vigilado, censurado por la moda, por la Inquisición de la limpieza.

*

"No dispongo del tiempo libre suficiente para tener gusto". Esta frase -atribuida a no sé qué personaje- excede el alcance de la simple paradoja. El gusto es propio de ociosos y diletantes, de quienes disponiendo de tiempo en exceso lo emplean en futilidades programadas y naderías sutiles, y sobre todo de quienes lo emplean contra sí mismos.

"Una mañana (era domingo) esperábamos al príncipe Conti; estábamos en el salón, sentadas alrededor de una mesa sobre la que habíamos dejado nuestros devocionarios, uno de los cuales se entretenía en hojear la mariscala de Luxemburgo. De pronto, se detuvo en dos o tres plegarias que le parecieron del *peor gusto* y cuyas expresiones, en efecto, eran extrañas" (Madame de Genlis: *Memorias*).

Nada más insensato que pedir a una oración que se preocupe por el lenguaje, que esté bien escrita. Es mejor que sea torpe, algo estúpida, es decir, *verdadera*; cualidad ésta no especialmente apreciada por aquellos espíritus ejercitados en la pirueta, que iban a misa en la misma disposición que a cenar o de caza y carecían de la gravedad indispensable para la piedad: sólo les interesaba y cultivaban lo exquisito. Las palabras de la "mariscala" la emparentan con aquel cardenal del Renacimiento que se decía demasiado prendado del latín de Virgilio y Salustio para poder soportar el de los Evangelios. Hay delicadezas que resultan incompatibles con la fe: gusto y absoluto se excluyen... Ningún dios sobrevive a la sonrisa del entendimiento, a una duda ligera; la duda corrosiva, en cambio, no espera más que negarse a sí misma, trocarse en fervor. En vano buscaríamos este género de metamorfosis en un mundo donde el refinamiento era una especie de acrobacia.

Por el mecanismo de su génesis, por su propia naturaleza, todas las lenguas contienen virtualidades metafísicas; el francés, sobre todo el del siglo XVIII, apenas las posee: su claridad provocadora, inhumana, su rechazo de lo indeterminado, de la oscuridad esencial, torturadora, hacen de él un medio de expresión que puede acercarse al misterio, sin conseguir alcanzarlo verdaderamente. En francés, el misterio, igual que el vértigo, cuando no se postula ni se desea, procede casi siempre de una tara del espíritu o de una sintaxis a la deriva.

Una lengua muerta, ha dicho un lingüista, es una lengua en la que nadie tiene derecho a cometer faltas. Lo cual equivale a decir que nadie tiene derecho a innovarla. Durante el Siglo de las Luces, el francés llegó a este límite extremo de rigidez y acabamiento. Después de la

Revolución se hizo menos riguroso y puro, pero ganó en naturalidad lo que perdió en perfección. Para sobrevivir, para perpetuarse, necesitó corromperse, enriquecerse con abundantes propiedades nuevas, pasar del salón a la calle. Su esfera de influencia y esplendor disminuyó entonces. Sólo pudo ser la lengua de la Europa cultivada en una época en la que, particularmente empobrecido, había alcanzado su punto más alto de transparencia. Un idioma se acerca a la universalidad cuando se emancipa de sus orígenes y, alejándose de ellos, los condena; llegado a ese punto, si quiere vigorizarse, evitar la irrealidad o la esclerosis, debe renunciar a sus exigencias, romper sus límites y modelos, condescender al *mal gusto*.

*

A lo largo del siglo XVIII se despliega el fascinante espectáculo de una sociedad carcomida, prefiguración de una humanidad llegada a su término, inmune para siempre a cualquier futuro. La ausencia de porvenir dejaría de ser entonces monopolio de una clase para extenderse a todas, en una espléndida democratización favorecida por la vacuidad. No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para concebir esta última etapa; más de un hecho permite ya hacerse una idea de ella. El concepto mismo de progreso ha llegado a ser inseparable del de desenlace. Todos los pueblos desean iniciarse en el arte de *acabar*, y les impulsa tal avidez que, para satisfacerla, rechazarán cualquier fórmula susceptible de ponerle freno. Al final de la Ilustración se irguió la guillotina, al final de la historia podemos imaginar un decorado de mayor magnitud.

Toda sociedad que acaricie la perspectiva de su fin sucumbirá a los primeros golpes que reciba; desprovista de todo principio de vida y de cuanto podría ayudarle a resistir a las fuerzas que la acosan, se rendirá al encanto de la derrota. La Revolución Francesa triunfó porque el poder era una ficción y el "tirano" un fantasma: fue literalmente un combate contra espectros. Por lo demás, una revolución triunfa únicamente si se enfrenta a un orden *irreal*. Sucede lo mismo con todo advenimiento, con todo viraje histórico. Los bárbaros no conquistaron Roma sino un cadáver; su único mérito fue tener buen olfato.

El sucesor de Luis XIV llegó a ser el mejor símbolo de la corrupción en los comienzos del siglo dieciocho. Lo primero que en él llama la atención es su completa carencia de "carácter". Trataba los asuntos de Estado con la misma desenvoltura que los privados: unos y otros le interesaban únicamente en función de los chistes a que daban pie. Tan inconstante en sus pasiones como en sus vicios, se entregaba a ellos por dejadez, por una especie de incuriosidad. Tan incapaz de amar como de aborrecer, vivió sin aprovechar sus numerosos dotes personales, cuyo perfeccionamiento desdeñaba. "Sin ninguna perseverancia para nada, hasta el extremo de no poder comprender que pudiera existir, era tan insensible", añade Saint-Simon "que las ofensas más peligrosas y mortíferas le dejaban impasible; como el nervio es la fuente del odio y de la amistad, de la gratitud y de la venganza, y carecía de él, las consecuencias fueron infinitas y perniciosas".

Delicuescente e ineficaz, de una milagrosa abulia, llevó la frivolidad hasta el paroxismo, inaugurando así una era de engendros hipercivilizados, fascinados por el naufragio y dignos de perecer en él. El resultado fue un gran desorden en los asuntos del Estado. Sus contemporáneos, no contentándose con responsabilizarle de ello, llegaron a compararle a Nerón; sin embargo, deberían

haber sido más indulgentes con él y considerarse afortunados de sufrir un absolutismo atenuado por la incuria y la farsa. Es innegable que el Regente estuvo dominado por rufianes, el abate Dubois a la cabeza; pero, ¿no es preferible la dejadez de crápulas sonrientes a la vigilancia de los incorruptibles? Seguramente no poseía "nervio", pero esa carencia resulta una virtud, puesto que hace posible la libertad o al menos sus simulacros.

El padre Galiani (que tanto le interesó a Nietzsche) fue uno de los pocos que comprendió que, en una época en la que se declamaba contra la opresión, la suavidad de las costumbres era una realidad. Y no vaciló en colocar por encima de Luis XIV, obtuso e intratable, a Luis XV, tornadizo y escéptico. "Cuando se compara la crueldad de la persecución de los jesuitas contra Port-Royal con la moderación de la persecución de los enciclopedistas, se constata la diferencia entre los reinados, las costumbres y el corazón de los dos reyes. El primero no buscaba más que renombre y confundía el ruido con la gloria; el segundo era un hombre honrado que desempeñaba a su pesar el oficio más vil, el de rey. En mucho tiempo no encontraremos un reinado parecido en ninguna parte".

Lo que Galiani parece no haber comprendido es que, si la tolerancia resulta deseable y justifica por sí misma el trabajo que cuesta vivir, es sin embargo un síntoma de debilidad y de disolución. Claro que alguien que se relacionaba con esos traficantes de ilusiones que fueron los enciclopedistas no podía advertir esa evidencia trágica, que se haría ostensible después, en una época más desengañada y reciente... La sociedad de entonces, lo sabemos ahora, era tolerante porque carecía del vigor necesario para perseguir, es decir, para conservarse. Decía Michelet de Luis XV que "tenía la *nada* en el alma". Con más razón hubiera podido decirlo de Luis XVI. Eso explica aquella época maravillosa y condenada. El secreto de la suavidad de las costumbres es un secreto mortal.

La Revolución fue provocada por los abusos de una clase desengañada de todo, hasta de sus privilegios, a los que se aferraba por automatismo, sin pasión ni ahínco, pues se sentía ostensiblemente atraída por las ideas de quienes luego la aniquilarían. La complacencia con el adversario es característica de la debilidad, es decir, de la tolerancia, la cual en última instancia no es más que una *coquetería de agonizantes*.

*

"Tiene usted mucha experiencia, escribía la marquesa Du Deffand a la duquesa de Choiseul, pero carece de una que espero no posea jamás: la privación del sentimiento, y el dolor de no poder prescindir de él".

En el apogeo del artificio, aquella época tenía nostalgia de la ingenuidad, de la cualidad que más le faltaba. Al mismo tiempo, los sentimientos inocentes, los sentimientos verdaderos, los reservaba para el salvaje, el ingenuo o el tonto, modelos inaccesibles para espíritus tan poco preparados para revolcarse en la "estupidez", en la pura simplicidad. Una vez soberana, la inteligencia se yergue contra todos los valores ajenos a su actividad y no ofrece ninguna apariencia de realidad en la que apoyarse. Quien se apega a ella, por culto o por manía, desemboca infaliblemente en la "privación del sentimiento" y en la pesadumbre de haberse consagrado a un

ídolo que no dispensa más que vacío, como bien testimonian las cartas de la marquesa Du Deffand, documento único sobre la plaga de la lucidez, exasperación de la conciencia, derroche de interrogaciones y perplejidades donde acaba el hombre aislado de todo, el hombre que ha dejado de ser *natural*. Por desgracia, una vez lúcidos, lo somos cada vez más: no existe medio alguno de escabullirse o de retroceder. Y ese progreso se realiza en detrimento de la vitalidad, del instinto. "No tengo fantasía ni temperamento", decía de sí misma la marquesa. Es comprensible que su relación con el Regente no durara más que dos semanas. Los dos se parecían demasiado, eran peligrosamente exteriores a sus propias sensaciones. ¿No se desarrolla el hastío, su tormento común, precisamente en el abismo que se abre entre la mente y los sentidos? Ningún movimiento espontáneo, ninguna inconsciencia es entonces posible. Y es el "amor" lo primero que sufre las consecuencias. La definición que de él dio Chamfort convenía bien a una época de "fantasía" y "epidermis", en la que alguien como Rivarol se jactaba de poder resolver, en el cenit de cierta convulsión, un problema de geometría. Todo era cerebral, hasta el espasmo. Y, fenómeno más grave aún, semejante alteración de los sentidos no afectó únicamente a algunos seres aislados; llegó a ser la deficiencia, la plaga de una clase extenuada por el uso constante de la ironía.

Toda veleidad, al igual que toda manifestación de liberación, posee un lado negativo: cuando ya no arrastremos ninguna cadena... invisible, cuando seamos incapaces, por falta de vigor e inocencia, de forjarnos aún prohibiciones y nada nos limite desde dentro, formaremos una masa de esmirriados más expertos en la exégesis que en la práctica de la sexualidad. No se alcanza sin riesgos un alto grado de conciencia, del mismo modo que no nos deshacemos impunemente de ciertas servidumbres benéficas. Sin embargo, si el exceso de conciencia aumenta la conciencia, el exceso de libertad, fenómeno igualmente funesto pero en sentido inverso, acaba invariablemente con la libertad. De ahí que todo movimiento de emancipación represente a la vez un paso hacia adelante y un comienzo de declive.

De la misma manera que una nación en la que nadie se rebaja a ser *sirviente* está perdida, se puede concebirse una humanidad en la que el individuo, imbuido de su propia unicidad, no acepte ningún trabajo por "honorable" que éste sea (ya Montesquieu consignaba en sus *Cuadernos*: "No soportamos nada que posea un objetivo determinado: quienes hacen la guerra no soportan la guerra; quienes trabajan en un despacho, el despacho; y así en otras muchas cosas"). Pese a todo, el hombre subsistirá mientras no pulverice sus últimos prejuicios y creencias; cuando se decida por fin a hacerlo, deslumbrado y aniquilado por su audacia, se encontrará desnudo frente al abismo que se abre tras la desaparición de todos los dogmas y tabúes.

Quien pretende instalarse en una realidad u optar por un credo sin conseguirlo, se venga ridiculizando a quienes lo logran espontáneamente. La ironía procede de un apetito de inocencia frustrado, insatisfecho, que a fuerza de fracasos se agría y emponzoña; inevitablemente adquiere entonces una dimensión universal y si arremete sobre todo contra la religión es porque siente en secreto la amargura de no poder creer. Más pernicioso aún es el escarnio acerbo, rabioso, que degenera en sistema y raya en la autodestrucción. En 1726, la marquesa Du Deffand viaja a Normandía para hacer compañía a la marquesa de Prie, allí exiliada. Cuenta Lemontey, en su *Historia de la Regencia*, que "cada mañana ambas amigas se enviaban las coplas satíricas que componían una contra otra".

En un ambiente en el que la maledicencia era de rigor y se trasnochaba por miedo a la soledad ("No había nada que no prefiriese a la tristeza de irse a dormir", decía Duclos de una de las mujeres de moda), solamente podía ser sagrada la conversación, las expresiones corrosivas, las pullas de apariencia frívola e intención mortífera de las que nadie se libraba; lo cual da la razón a quienes han señalado como característica de la época, la "decadencia de la admiración". Todo concuerda: sin ingenuidad, sin piedad, es imposible admirar, considerar a los seres en sí mismos, según su realidad original y única, fuera de sus accidentes temporales. La admiración, prosternación interior que no implica humillación ni sentimiento alguno de impotencia, es la prerrogativa, la certidumbre y la salvación de los puros, de aquellos precisamente que no frecuentan los salones.

*

Sólo los pueblos pendencieros, indiscretos, envidiosos, irritables, poseen una historia *interesante*: la de Francia lo es en grado sumo. Fértil en acontecimientos y, más aún, en escritores para comentarlos, resulta providencial para el aficionado a las Memorias.

Los franceses son antojadizos o fanáticos, juzgan por capricho o por sistema, aunque en ellos hasta el sistema adopta la apariencia de un capricho. El rasgo que mejor les define es la versatilidad, causa de ese desfile de regímenes al que asisten como espectadores divertidos o frenéticos, preocupados sobre todo por mostrar que ni en plena exaltación se dejan engañar, alternativamente beneficiarios y víctimas de ese "espíritu literario" que consiste, según Tocqueville, en buscar "lo ingenioso y lo nuevo antes que lo cierto, preferir lo decorativo a lo útil, mostrarse sensible a la buena interpretación de los actores, al margen de las consecuencias de la obra, y decidir por impresiones más que por razones" (*Recuerdos*, París 1893). Y Tocqueville añade: "...Con demasiada frecuencia el pueblo francés, en su conjunto, juzga en política como un hombre de letras".

Nadie más inepto que el literato para comprender el funcionamiento del Estado; sólo durante las revoluciones muestra cierta competencia, precisamente porque la autoridad es abolida y el vacío de poder le permite imaginar que todo puede resolverse mediante actitudes o frases: Las instituciones libres le interesan menos que el decorado y la parodia de la libertad. Nada tiene de extraño, pues, que los hombres de 1789 se inspirasen más en un lunático como Rousseau que en un espíritu sólido y poco aficionado a divagar como Montesquieu, que nunca podrá servir de modelo a retóricos idílicos o sanguinarios.

En los países anglosajones, las sectas permiten al ciudadano dar rienda suelta a su locura, a su necesidad de controversia y escándalo; de ahí su diversidad religiosa y su uniformidad política. En los países católicos, por el contrario, los recursos de delirio que el individuo posee sólo pueden ser empleados en la anarquía de los partidos y de las facciones; en ellos satisface su apetito de herejía. Ninguna nación ha descubierto hasta ahora el secreto de la sensatez en política y religión a la vez. Si ese secreto se conociera, los franceses serían los últimos en aprovecharlo; ellos que, según Talleyrand, hicieron la Revolución *por vanidad*, defecto tan arraigado en su naturaleza que resulta una cualidad, o en todo caso un resorte que les incita a producir, a actuar, y sobre todo a *brillar*.

De ahí el *esprit*, alarde de inteligencia, preocupación de quedar siempre, y cueste lo que cueste, por encima de los demás, de tener a cualquier precio la última palabra. La vanidad aguza el ingenio, evita el tópico y combate la indolencia, pero hace de quien la padece un hipersensible: con las mortificaciones que ella les inflige, los franceses pagan la buena suerte de la que tan abundantemente han gozado. Durante mil años la historia ha girado en torno a ellos: semejante fortuna debe expiarse; su castigo ha sido y continúa siéndolo la irritación de un amor propio siempre exacerbado e insatisfecho. Cuando eran poderosos se quejaban de no serlo suficientemente; ahora se quejan de no serlo en absoluto. Tal es el drama de una nación resentida lo mismo en la prosperidad que en el infortunio, insaciable y voluble, demasiado favorecida por el destino para conocer la modestia o la resignación, tan poco comedida ante lo inevitable como ante lo inesperado.

Después de la historia

I

El final de la historia está inscrito en sus comienzos; la historia -el hombre pasto del tiempo- porta los estigmas que definen a la vez al tiempo y al hombre.

Desequilibrio ininterrumpido, ser que no cesa de desmembrarse, el tiempo constituye un drama cuyo episodio más destacado es la historia. ¿Qué es ella en el fondo sino un desequilibrio también, una rápida e intensa dislocación del tiempo mismo, una carrera apremiante hacia una evolución en la que nada evoluciona?

De la misma manera que los teólogos hablan con razón de nuestra época como de una época post-cristiana, algún día se hablará de la suerte y de la desgracia de vivir en plena post-historia. Pese a todo, desearíamos asistir a esa victoria crepuscular en la que escaparíamos a la sucesión de las generaciones y de los días, y en la que la existencia, sobre las ruinas del tiempo histórico e idéntica por fin a sí misma, volvería a ser lo que era antes de convertirse en historia. El tiempo histórico es un tiempo tan tenso que cuesta entender por qué no se rompe. Cada uno de sus instantes da la impresión de estar a punto de estallar. Puede que el accidente no suceda tan pronto como esperamos; pero es imposible que no se produzca. Y solamente cuando haya ocurrido, sus beneficiarios, aquellos que disfruten de la post-historia, sabrán de qué estaba hecha la historia. "¡Se acabaron los acontecimientos!", exclamarán. Un capítulo, el más curiosos de la evolución cósmica, habrá así concluido.

Ni que decir tiene que esa exclamación sólo es imaginable tras un desastre imperfecto. Un éxito rotundo entrañaría una simplificación radical, en realidad la supresión del *futuro*. Pero pocas son las catástrofes perfectas, lo cual debería tranquilizar a los impacientes, a los inquietos, a los aficionados a las grandes ocasiones, aunque la resignación sea de rigor en este caso. No todo el mundo pudo observar de cerca el Diluvio. Imagínese la decepción de quienes, habiéndolo presenciado, no vivieron lo suficiente para poder asistir a él.

*

Para frenar la expansión de ese animal tarado que es el hombre, la urgencia de calamidades artificiales que sustituyan con ventaja a las naturales se advierte cada vez más y seduce a todos en mayor o menor grado. El Final va ganando terreno. No podemos salir a la calle, mirar a la gente, intercambiar cuatro palabras, oír un gruñido cualquiera, sin decirnos que la hora se acerca, tanto si debe sonar dentro de un siglo como de diez. Un clima de epílogo envuelve el menor gesto, el espectáculo más trivial, el incidente más estúpido: no darse cuenta de ello es rebelarse contra lo Inevitable.

*

Mientras la historia transcurre de manera más o menos normal, cualquier acontecimiento

parece un capricho, una indiscreción del devenir; tan pronto como cambia su cadencia, el menor pretexto alcanza la magnitud de un signo. Todo lo que sucede equivale entonces a un síntoma, a un aviso, a la inminencia de una conclusión. En las épocas indiferentes, el acontecimiento, expresión de un presente que se repite y multiplica, posee un significado propio y parece no desarrollarse en el tiempo; por el contrario, en los periodos en los que el devenir es sinónimo de renovación nefasta, nada hay que no sugiera un movimiento hacia lo terrible, una visión semejante a la del *Samyutta-Nikaya*: "El mundo entero está en llamas, el mundo entero está envuelto en nubes de humo, el mundo entero está siendo devorado por el fuego, el mundo entero se estremece" -Mara, monstruo sarcástico, sujeta con los dientes y las garras la rueda del nacimiento y de la muerte, y su mirada, en una imagen tibetana, muestra bien esa avidez, esa búsqueda del mal, inconsciente en la naturaleza, apenas formulada en el hombre, ostensible en los dioses, -búsqueda insaciable cuya manifestación, particularmente perniciosa, es para nosotros esta cadena interminable de acontecimientos con sus idolatrías inherentes. Sólo la pesadilla de la historia nos permite adivinar la pesadilla de la trasmigración. Con una reserva, sin embargo: para el budista, la peregrinación de existencia en existencia es un terror del que desea librarse; en ello se afana con todas sus fuerzas, sinceramente horrorizado ante la desgracia de tener que volver a nacer y a morir, desgracia que no se le ocurriría saborear en secreto ni un sólo instante. No existe en él complicidad alguna con el infortunio, ni con los peligros que le acechan desde fuera y sobre todo desde dentro de sí mismo.

Nosotros, en cambio, pactamos con aquello que nos amenaza, mimamos nuestros anatemas, codiciamos lo que nos devora y por nada del mundo renunciaríamos a nuestra propia pesadilla, a la que hemos puesto tantas mayúsculas como ilusiones conocido. Las ilusiones se han desacreditado, como las mayúsculas, pero la pesadilla persiste, decapitada y desnuda; continuamos deseándola precisamente porque es nuestra y no sabemos con qué reemplazarla. Es como si un aspirante al nirvana, cansado de buscarlo en vano, dejara de codiciarlo y se sumiera, cómplice de su degradación como nosotros de la nuestra, en el samsara.

*

El hombre hace la historia; a su vez la historia le deshace. El es su autor y su objeto, el agente y la víctima. Hasta hoy ha creído dominarla, ahora sabe que se le va de las manos, que se desarrolla en lo insoluble y en lo intolerable: una epopeya demente cuyo desenlace no implica idea alguna de finalidad. ¿Cómo atribuirle un objetivo? Si tuviera uno, sólo podría alcanzarlo una vez llegada a su término y de él no sacarían provecho más que los supervivientes; los *restos*; sólo ellos se sentirían colmados, pues gozarían del incalculable número de sacrificios y tormentos que el pasado ha conocido. Visión demasiado grotesca e injusta. Si se desea a toda costa que la historia tenga un sentido, debe buscarse únicamente en la maldición que pesa sobre ella. El propio individuo aislado puede poseerlo solamente en la medida en que participa de esa maldición. Un genio maléfico preside los destinos de la historia; es evidente que ésta no tiene objetivo, pero se halla marcada por una fatalidad que lo suple y que confiere al devenir una apariencia de necesidad. Esta fatalidad, y sólo ella, es lo que permite hablar sin ridículo de una lógica de la historia, -e incluso de una providencia, una providencia especial sin duda, y más que sospechosa,

cuyos propósitos son menos oscuros que los de la otra, la supuestamente bienhechora, ya que logra que las civilizaciones cuyo destino rige se desvíen siempre de su dirección original para alcanzar lo contrario de lo que deseaban, para desmoronarse con una obstinación y un método que denuncian las maniobras de una fuerza tenebrosa e irónica.

*

La historia se encuentra en sus comienzos, piensan algunos, olvidando que se trata de un fenómeno excepcional; necesariamente efímero, un lujo, un intermedio, un extravío... Suscitándola, invirtiendo en ella su sustancia, el hombre se ha desgastado, reducido, debilitado. Mientras que se mantuvo cerca de sus orígenes, pudo resistir sin peligro; en cuanto se apartó de ellos por completo comenzó una aventura fatalmente breve: algunos milenios solamente... La historia, obra suya pero independiente ya de él, le consume, le devora, y acabará aplastándole. El hombre sucumbirá con ella, en un desastre último, justo castigo por tantas usurpaciones y locuras surgidas de la tentación del titanismo. La hazaña de Prometeo se halla comprometida para siempre. Habiendo violado las leyes no escritas, las únicas que importan, y rebasado las fronteras que le estaban asignadas, el hombre se ha elevado demasiado alto para no excitar la envidia de los dioses, quienes, decididos a vengarse, sólo esperan que la ocasión se presente. Sabemos hoy que la consumación del proceso histórico es inexorable, aunque no podamos decir si será lenta o fulgurante. Todo indica que la humanidad rueda cuesta abajo, a pesar de sus logros, o a causa de ellos más bien. Si señalar el momento de apogeo de una civilización aislada resulta relativamente fácil, no ocurre lo mismo con el proceso histórico en su conjunto: ¿cuál fue su punto culminante, dónde situarlo?, ¿en los primeros siglos de Grecia, de la India, de China o en alguna época de Occidente? Imposible pronunciarse sin que salgan a relucir preferencias demasiado personales. Es obvio en todo caso que el hombre ha dado ya lo mejor de sí mismo y que, incluso si debiéramos presenciar el nacimiento de nuevas civilizaciones, ellas no serían equiparables a las antiguas, y ni siquiera a las modernas, sin contar con que no podrían sustraerse al contagio del final, que se ha convertido ya en una forma de obligación y de programa para todos. Desde la prehistoria hasta nosotros y desde nosotros a la post-historia: ese es el camino hacia un gigantesco fiasco, preparado y anunciado por todas las épocas, incluso las de apogeo. Hasta los utopistas asimilan el devenir a un fracaso, puesto que inventan un reino que pretende escapar al devenir: su visión es la de otro tiempo dentro del tiempo... una especie de fracaso inagotable, no alterado por la temporalidad y superior a ella. Pero la historia, cuyo patrón es Arimán, desprecia semejantes divagaciones y aborrece la posibilidad de un paraíso, incluso malogrado -lo cual priva a las utopías de su objeto y de su razón de ser. Es revelador que tropecemos con la noción de paraíso en cuanto tratamos de comprender la naturaleza propia de la historia: no podemos entrever la originalidad de ésta sin referirnos a su antípoda; pues la historia aparece como una negación gradual, como un alejamiento progresivo de un estado primero, de un milagro inicial a la vez convencional y fascinante: *kitsch* a base de nostalgia... Cuando esa progresión hacia el final culmine, la historia habrá alcanzado su "objetivo": nada quedará en ella que pueda recordar su punto de partida -cuyo eventual carácter de fábula poco importa. El paraíso, imaginable si acaso

en el pasado, de ninguna manera podría serlo en el futuro; sin embargo, el hecho de que haya sido situado antes de la historia arroja sobre ésta una claridad devastadora, que suscita la cuestión de si no hubiera sido mejor que se quedara en estado de amenaza, de pura virtualidad.

*

Es menos urgente sondear el "porvenir", objeto de espanto sin más, que el *final*, lo que vendrá después... del "porvenir", cuando cese el tiempo histórico, equivalente a la aventura humana, y con él la procesión de naciones e imperios. Aliviado del peso de la historia y en el punto máximo de su agotamiento, el hombre, habiendo renunciado a su singularidad, no dispondrá más que de una conciencia vacía, sin nada que pueda llenarla de nuevo: un troglodita desengañado, un troglodita asqueado de todo. ¿Se reconciliará entonces con sus lejanos antepasados?, ¿aparecerá la post-historia como una versión agravada de la pre-historia? ¿Y cómo fijar la fisonomía de ese superviviente a quien el cataclismo hará retornar a las cavernas? ¿Qué hará frente a esos dos extremos, frente al intervalo que los separa, en el cual fue elaborada una herencia que rechaza? Liberado ya de todos los valores, de todas las ficciones que imperaron en ese lapso de tiempo, no podrá ni querrá, en su decrepitud lúcida, inventar otras. Así acabará el juego que había regulado hasta entonces la sucesión de las civilizaciones.

*

Tras tantas conquistas y hazañas de toda índole, el hombre comienza a quedarse anticuado. Merece todavía algún interés en la medida en que se encuentra acosado y acorralado y se hunde cada vez más. Si persevera es porque no tiene fuerzas para capitular, para interrumpir esa deserción *hacia adelante* que es la historia, dado que ha adquirido ya una especie de automatismo en el declive. Nunca sabremos con exactitud lo que se ha desgarrado en él, pero la desgarradura está ahí. Podría alegarse que estaba desde el principio. Probablemente, pero en ese caso apenas esbozada y el hombre, todavía fuerte, se adaptaba a ella sin dificultad. No era aún esta brecha abierta, resultado de un largo trabajo de autodestrucción, especialidad de un animal subversivo que, empeñado durante tanto tiempo en destruirlo todo, tenía que acabar aniquilándose a sí mismo. Subversión de sus fundamentos (que es en lo que acaba todo *análisis*, psicológico o de cualquier otra clase), de su "yo", de su estado de sujeto: sus rebeliones disimulan los golpes que a sí mismo se asesta. Lo que es indudable es que está herido en lo más profundo de su ser, podrido en sus raíces. Uno no se siente verdaderamente hombre más que cuando toma conciencia de esta podredumbre esencial, parcialmente encubierta hasta ahora, pero cada vez más perceptible, sobre todo desde que el hombre ha sacado a la luz sus propios secretos. A fuerza de volverse transparente a sí mismo no podrá ya emprender ni "crear" nada; será su clarividencia, la exterminación de su inocencia, lo que acabe con él. ¿Dónde podría encontrar aún la energía necesaria para perseverar en una obra que le exige un mínimo de frescura y obnubilación? Aunque a veces logre engañarse respecto a sí mismo, nada ya consigue engañarle acerca de la aventura humana. ¡Qué necedad sostener que el hombre no ha hecho más que comenzar! Escoria casi

sobrenatural, se dirige hacia una condición límite: un sabio *roído* por la sabiduría... Podrido y gangrenado, como todos lo estamos, avanzando en masa hacia una confusión sin precedentes, en medio de la cual nos levantaremos unos contra otros como bobos convulsivos, como fantoches alucinados, pues, cuando todo haya llegado a ser imposible e irrespirable para todos, nadie se dignará vivir si no es para exterminar y exterminarse. El único frenesí del que seremos aún capaces será el frenesí del final. Después, una vez interpretados los papeles y abandonada la escena, alcanzaremos una forma suprema de estancamiento en la que podremos rumiar el epílogo a nuestras anchas.

*

Lo que repugna de la historia es pensar que, según una conocida expresión, lo que vemos hoy será historia un día... Debería importarnos un bledo lo que sucede: no conseguirlo es prueba de desequilibrio. Pero si nos armamos de desprecio, ¿cómo vamos a realizar algo? El auténtico historiador, ser hipersensible disfrazado de objetividad, sufre y se empeña en sufrir; por eso se halla tan presente en sus relatos o en sus diagnósticos.

En lugar de mirar desde arriba los horrores que describía, Tácito se zambulló en ellos y los engrandeció con fruición, como un acusador fascinado. Sediento de anomalías, se aburría en cuanto la injusticia y el crimen disminuían. Como más tarde Saint-Simon, conocía la voluptuosidad de la indignación, los placeres de la rabia. Hume le creía el espíritu más profundo de la antigüedad -digamos que es el más vivo y el más cercano a nosotros también, por la calidad de su masoquismo, vicio o don indispensable para todo aquel que quiera observar los asuntos humanos, tanto si se trata de simples sucesos como del Juicio final.

*

Examínese minuciosamente el acontecimiento más nimio: en el mejor de los casos sus elementos positivos y negativos guardan equilibrio; en general, los negativos predominan, es decir, que mejor hubiera sido que no sucediera, con lo cual nos habríamos ahorrado nuestra participación y sus consecuencias. ¿Para qué *añadir* algo a lo que es o parece ser? La historia, odiosa inútil, no tiene excusa como a veces nos tienta pensarla hasta del arte, por imperiosa que sea la necesidad de la cual emana. Producir es accesorio; lo importante es conocer el fondo propio, ser uno mismo de manera total, sin rebajarse a ninguna forma de expresión. Haber construido catedrales demuestra el mismo error que haber librado grandes batallas. Más nos hubiera valido tratar de vivir profundamente que atravesar los siglos en busca de una derrota.

Decididamente, nuestra, salvación no está en la historia, que es la apoteosis de las apariencias, en modo alguno nuestra dimensión fundamental. ¿Será posible que, una vez acabada nuestra aventura exterior, encontremos de nuevo nuestra naturaleza propia? ¿Podrá el hombre post-histórico, ser completamente vacío, integrar en sí mismo lo intemporal, es decir, todo aquello que ha asfixiado dentro de nosotros la historia? Sólo son de verdad importantes los instantes no contaminados por ella. Los únicos seres capaces de entenderse, de comulgar verdaderamente entre

sí, son los que se abren a este género de instantes. Las épocas torturadas por la interrogación metafísica siguen siendo los momentos culminantes, las auténticas cumbres del pasado. Únicamente las experiencias interiores se aproximan a lo que no puede ser aprehendido, y sólo ellas lo alcanzan, aunque no sea más que durante un instante, el cual pesa más que todos los demás, que el tiempo mismo.

"Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764, escuchando en medio de las ruinas del Capitolio a unos monjes descalzos cantar vísperas en el templo de Júpiter, cuando se me ocurrió por primera vez la idea de escribir la historia de la decadencia y caída de esta ciudad".

Los imperios se acaban víctimas de la descomposición o de la catástrofe, o de ambas cosas a la vez. Lo mismo sucede con la humanidad en general; imaginemos a un futuro Gibbon meditando sobre lo que ésta ha sido, si es que queda algún historiador al cabo no de un ciclo sino de todos. ¿Cómo se las arreglaría para describir nuestros excesos, nuestras disponibilidades demoníacas, origen de nuestro dinamismo, dado que se encontraría rodeado de seres entregados a una santa inercia, llegados al término de un proceso de deterioro incalificable y liberados para siempre de la manía de afirmarse, de dejar trazas, de señalar su paso por aquí? ¿Podría comprender nuestra incapacidad para elaborar una visión estática del mundo y adaptarnos a ella, para emanciparnos de la idea y de la obsesión del acto? Lo que nos pierde o, mejor, lo que nos ha perdido es la sed de destino, de un destino cualquiera; y si esa enfermedad, clave del devenir histórico, nos ha destruido y reducido a nada, al mismo tiempo nos ha salvado, proporcionándonos el gusto de la caída, el deseo de un acontecimiento que supere a todos los acontecimientos, de un miedo superior a todos los miedos. Siendo la catástrofe la única solución y la posthistoria, en la hipótesis de que se produzca, la única salida, es legítimo preguntarse si a la humanidad, en el estado en que se encuentra, no le interesaría más eclipsarse ahora que extenuarse y apoltronarse en la espera, exponiéndose a una era de agonía en la que correría el riesgo de perder toda ambición, incluso la de desaparecer.

Urgencia de lo peor

Todo permite presagiar que la historia acabará un día y con ella el ser, en detrimento del cual se ha edificado. Lo ha arrastrado fuera de sí mismo y asociado a sus convulsiones; constituye por tanto el terreno donde el ser no ha cesado de disgregarse y envilecerse. Este drama, que ha repercutido en la historia desde el principio, ¿cómo podría no determinarla ahora que se acerca a su término?, ¿y cómo no iba a reflejarse en nosotros, testigos de una fiebre de epílogo que, confesémoslo, no nos disgusta demasiado? Estamos ávidos de lo peor, como los primeros cristianos. Pero ellos sufrieron una gran decepción pues lo peor, a pesar de los escritos de la época rebosantes de vaticinios, no ocurrió. Cuanto más se multiplicaban los presagios, como para apremiar a Dios y forzarle la mano, más se enredaba él, descompuesto e indeciso, en sus propios escrúpulos. En plena confusión los fieles tuvieron que rendirse a la evidencia: el nuevo advenimiento no se produciría; no había ni salvación ni condena eternas en perspectiva. En esas condiciones, ¿qué podían hacer si no esperar, entre la resignación y la esperanza, tiempos mejores, los tiempos del fin? Nosotros, más afortunados que ellos, disponemos de un final, lo tenemos a nuestro alcance, y no necesitamos ninguna intervención del cielo para precipitar su llegada. Por muy ineptos que seamos, parece poco probable que vayamos a desaprovechar semejante oportunidad.

Pero, ¿cómo hemos llegado a este punto? ¿en virtud de qué proceso nos hallamos ahora, después de tantos siglos tranquilizadores, a las puertas de una realidad que sólo el sarcasmo hace tolerable? Desde el Renacimiento, la humanidad no hace más que soslayar el sentido último de su recorrido, el principio nocivo que éste pone de manifiesto; obra de obnubilación a la que contribuyó de manera notable el Siglo de las Luces. En el XIX, la idolatría del Porvenir confirmó las ilusiones del precedente, y en una época tan desengañada como la nuestra, obstinadamente sigue exhibiendo sus promesas, aunque sean pocos quienes creen aún en ellas. No porque esa idolatría esté gastada, sino porque hoy no nos queda más remedio que minimizarla, que desdeñarla, por prudencia y por miedo, pues sabemos que es compatible con lo atroz, que incluso provocarlo puede suscitar la prosperidad con la misma facilidad que el horror. ¿Qué es lo que nosotros tenemos todavía en común con la ralea de los "ilustrados", con los maníacos de lo Posible, si toda teoría nueva, todo descubrimiento, nos hunde cada vez más? Los contemporáneos de Newton se extrañaban de que un espíritu de su temple se hubiera rebajado a comentar las visiones del Apóstol. Para nosotros, lo incomprensible sería no hacerlo y el científico que se negara a ello se granjearía nuestro desprecio; él no necesita insistir sobre dichas revelaciones, las vive a su manera y prepara una nueva versión despojada de pompa y de poesía, más convincente y eficaz por tanto que la antigua; de ella no consigue hablar sin embarazo, pues a fuerza de trabajarla y perfeccionarla, distingue sus contornos con extrema nitidez. Lo que le parece asombroso no es que el fin de los tiempos (un tópico a sus ojos) sea concebible, sino que tarde tanto en producirse; hace cuanto puede por ultimarlos, por acelerar su irrupción: ¿qué culpa tiene él si el final vacila y titubea? No menos impacientes, nosotros deseáramos también que llegara de

una vez para poder librarnos de esta curiosidad que nos oprime. Según nuestro estado de ánimo, adelantamos o diferimos su fecha, mientras que, respirando en función de lo irrespirable, dilatándonos dentro de lo que nos ahoga, participamos ya con todos nuestros pensamientos, por muy luminosos que sean, de la noche en la cual zozobrarán.

Quizás esté próximo el día en que, incapaces de seguir soportando la masa de miedo que hemos acumulado, sucumbiremos a su peso agobiante. El fuego del cielo será entonces *nuestro* fuego y, para huir de él, nos precipitaremos hacia las profundidades de la tierra, lejos de un mundo desfigurado y expoliado por nosotros mismos. Y residiremos *debajo* de los muertos, envidiando su reposo y su beatitud, sus cráneos despreocupados, en reposo para siempre, sus esqueletos sosegados y modestos, por fin emancipados de la impertinencia de la sangre y de las reivindicaciones de la carne. Pululando en la oscuridad, conoceremos al menos la satisfacción de no tener que mirarnos de frente, la dicha de perder nuestros rostros. Expuestos a las mismas tribulaciones y a los mismos peligros, seremos todos semejantes y sin embargo más extraños que nunca.

¿Para qué empeñarnos en eludir nuestro destino? No se trata de perder la esperanza de encontrar un final de repuesto; pero debería ser verosímil y contar con alguna posibilidad de realizarse. Siendo el hombre lo que es, ¿se puede admitir que se extinga en la calma de la decrepitud, en medio de las ventajas de la caducidad? Sin duda se pliega ya bajo el peso de los milenios, pero parece improbable que pueda soportar semejante carga hasta el final, hasta el agotamiento de sus fuerzas. Al contrario, todo permite creer que el lujo de la chochez le estará vedado, aunque sólo sea por el ritmo al que vive y por su inclinación a la desmesura. Orgulloso de sus dones, mortifica a la naturaleza, perturba su marasmo, creando un desbarajuste inmundo y trágico que acaba resultando insoportable. Que se vaya cuanto antes es el deseo de la naturaleza, deseo que, si el hombre quisiera, podría satisfacer en el acto, librándola así de este sedicioso en quien hasta la sonrisa resulta subversiva, de este anti-vivo a quien abriga a la fuerza, de éste usurpador que le ha robado sus secretos para tiranizarla y deshonrarla. Pero él mismo ha caído, a causa de sus crímenes, en la esclavitud y la ignominia. Habiendo rebasado, con sus conocimientos y sus actos, los límites que tenía asignados, ha atentado contra los orígenes de su propio ser, contra su fondo primordial. Sus conquistas son obra de un traidor a la vida y a sí mismo. De ahí sus aires de culpable, su aspecto turbio, y ese remordimiento que intenta disimular mediante la insolencia y el ajetreo. Si se intoxica de ruido no es más que para escamotear la acusación que no podría evitar si reflexionara acerca de sí mismo. La creación reposaba en un estupor sagrado, en un admirable e inaudible gemido; sacudiéndola con su frenesí, con sus alaridos de monstruo acorralado, el hombre la ha hecho irreconocible, comprometiendo para siempre su paz. La desaparición del silencio debe considerarse como uno de los indicios anunciadores del fin. No son ya ni su impudicia ni sus excesos las razones por las que Babilonia la Grande merece hoy desmoronarse, sino su estruendo y su alboroto, las estridencias de su chatarra y de los energúmenos que no se hartan de ella. Ensañándose con los solitarios, esos últimos mártires, los persigue y tortura, interrumpe constantemente sus reflexiones y se infiltra como un virus sonoro en sus pensamientos para minarlos y desintegrarlos. Exasperados como están, es lógico que deseen verla derrumbarse sin demora, pues contamina además el espacio, mancilla como una

nueva prostituta seres y paisajes, ahuyentando por todas partes a la pureza y el recogimiento. ¿Adónde ir? ¿dónde quedarse?, ¿qué buscar aún en la algazara de un planeta babilonizado? Antes de que salte en pedazos, quienes más hayan sufrido en él, aquellos a quienes más haya atormentado podrán al fin vengarse: serán los únicos que bendigan el desenlace, que saboreen la interrupción de la barahúnda, ese breve y decisivo silencio que precede a las grandes catástrofes.

Cuanto más poder adquiere el hombre, más vulnerable resulta. Debería temer sobre todo el momento en que, enteramente yugulada la creación; festeje su triunfo, apoteosis fatal, victoria a la que no sobrevivirá. Lo más probable es que desaparezca antes de haber realizado todas sus ambiciones. Tan poderoso es ya que uno se pregunta por qué aspira a serlo aún más. Tanta insaciabilidad denuncia una miseria irremediable, un ocaso magistral. Las plantas y los animales llevan en sí mismos los signos de su salvación, igual que el hombre los de su perdición. Y ello es tan cierto de cada uno de nosotros como de la Especie entera, deslumbrada y abatida por el resplandor de lo Incurable; ella se perpetúa a través de las naciones, condenadas también a la servidumbre por el simple automatismo del devenir. Todas juntas no son en el fondo más que los desvíos que toma la historia para llegar al establecimiento de una tiranía de gran envergadura, de un imperio que abarcará todos los continentes. Dejarán de existir las fronteras, no habrá ya "otros lugares"... es decir, desaparecerá toda libertad, toda ilusión. Es significativo que el Libro del Fin fuera concebido en un momento en el que los hombres e incluso los dioses debían someterse a los caprichos de Roma. Cuando lo arbitrario degeneró en terror, a los oprimidos no les quedó más esperanza que la de ser liberados un día por un acontecimiento de dimensiones cósmicas, cuyas grandes líneas, e incluso los detalles, se pusieron a imaginar. En el imperio futuro, los desheredados procederán de igual manera; el estilo visionario, deliberadamente siniestro, suplantará a los demás estilos literarios; pero, al contrario que los primeros cristianos, ellos no detestarán al nuevo Nerón, se detestarán más bien a sí mismos a través de él, convirtiéndole en un ideal aborrecido, en el primero de los malditos, pues nadie tendrá la desfachatez de erigirse en elegido.

No habrá nuevo cielo ni nueva tierra, ni tampoco ángel para abrir el "pozo del abismo". ¿Acaso no poseemos nosotros mismos la llave? El abismo está en nosotros y fuera de nosotros, es el presentimiento de ayer, la interrogación de hoy, la certidumbre de mañana. La instauración y el desmembramiento del imperio futuro se efectuará en medio de conmociones sin precedentes. Hemos llegado a un punto en el que, aunque quisiéramos, nos resultaría imposible volver sobre nuestros pasos, en un sobresalto de sensatez. Tan virulenta es nuestra perversidad que nuestras reflexiones sobre ella, igual que nuestros esfuerzos por superarla, en lugar de atenuarla, la consolidan y agravan. Predestinados a la desaparición, constituimos, en el drama de la creación, el episodio más espectacular y lamentable. Dado que en nosotros se ha despertado el mal que dormitaba en el resto de los seres vivos, nos toca condenarnos para que ellos puedan salvarse. Sus virtualidades de desgarramiento y de conflicto se han actualizado y concentrado en nosotros; les hemos liberado a expensas nuestras de los elementos funestos que en ellos yacían aletargados: acto de generosidad, sacrificio que hemos aceptado únicamente para arrepentirnos y amargarnos luego. Celosos de su inconsciencia, fundamento de su salvación, deseáramos ser como ellos y, rabiosos por no conseguirlo, meditamos sobre su ruina intentando por todos los medios

interesarles en nuestras desgracias para poder descargarlas sobre ellos. Es a los animales a quienes odiamos sobre todo: ¿qué no daríamos por privarlos de su mutismo, por convertirlos al verbo, por imponerles la abyección de la palabra! Estándonos prohibido el encanto de la existencia irreflexiva, de la existencia como tal, no podemos tolerar que otros la gocen. Desertores de la inocencia, nos cebamos en quienes permanecen aún en ella, en los seres que, indiferentes a nuestra aventura, descansan en un torpor bendito. En cuanto a los dioses, ¿acaso no nos hemos sublevado contra ellos al ver que podían ser conscientes sin sufrir las consecuencias, mientras que para nosotros conciencia y naufragio se confunden? Hemos logrado comprender el secreto de su poder, pero no hemos podido descifrar el de su serenidad. La venganza era inevitable: ¿cómo perdonarles que posean el saber sin estar expuestos a su maldición inherente? Desaparecidos los dioses, no hemos renunciado a la búsqueda de la felicidad: seguimos buscándola precisamente en lo que nos aleja de ella, en la conjunción del conocimiento y de la arrogancia, términos que a medida que se identifican borran los vestigios que conservábamos de nuestros orígenes. En cuanto fuimos desposeídos de la pasividad en la que tan confortablemente residíamos, nos precipitamos en el acto, sin ninguna posibilidad de liberarnos de él ni de recobrar nuestra verdadera patria. Si el acto nos ha corrompido, nosotros también hemos corrompido al acto: degradación recíproca de la que ha resultado ese desafío a la contemplación que es la historia, desafío inseparable de los acontecimientos y tan lamentable como ellos. Lo que en Patmos fue una visión, será realidad un día: percibiremos con nitidez el sol negro como un saco de crin, la luna de sangre, las estrellas cayendo como higos, el sol retirándose como un pergamino que se enrolla. Nuestra ansiedad repite la del Vidente, de quien nos hallamos más cerca que nuestros predecesores, incluidos los que han escrito sobre él, en particular Renan, quien tuvo la imprudencia de afirmar: "Sabemos que el fin del mundo no está tan cerca como creyeron los iluminados del siglo primero y que ese fin no será una catástrofe súbita. Sucederá a causa del frío, dentro de miles de siglos..." El Evangelista inculco vio más allá que su sabio comentarista, esclavo de las supersticiones científicas. No nos extrañemos, pues, de que a medida que remontamos hacia la antigüedad, encontremos mayor número de inquietudes parecidas a las nuestras. La filosofía tuvo en sus comienzos, más que el presentimiento, la intuición exacta del final, de la expiración del devenir. Heráclito, nuestro contemporáneo ideal, sabía ya que el fuego lo "juzgará" todo; preveía incluso una deflagración general al término de cada periodo cósmico, un cataclismo recurrente, corolario de toda concepción cíclica del tiempo. Menos audaces y exigentes, nosotros nos contentamos con un *único* final, pues carecemos del vigor necesario para concebir varios y soportarlos. Admitimos, eso sí, una pluralidad de civilizaciones, mundos que nacen y mueren; pero, ¿quién de nosotros aceptaría una repetición indefinida de la historia en su totalidad? Cada vez que un acontecimiento nos parece necesariamente irreversible, avanzamos un paso más hacia un desenlace único, según el ritmo del Progreso del que adoptamos el esquema y rechazamos, por supuesto, la palabrería. Sí, progresamos, galopamos incluso, hacia un desastre preciso, y no hacia una perfección mirífica. Cuanto más nos repugnan las mentiras de nuestros predecesores inmediatos, más próximos nos sentimos de los Orficos, para quienes el origen de las cosas se situaba en la Noche, o de un Empédocles, que confería al Odio virtudes cosmogónicas. Pero es una vez más con el filósofo de Efeso con quien estamos más de acuerdo, cuando nos asegura que el universo se encuentra

gobernado por el rayo. Como la Razón ya no nos ciega, descubrimos por fin la otra cara del mundo y las tinieblas que en ella residen; si es absolutamente indispensable que una luz nos desvíe de ella, será sin duda la de algún relámpago definitivo. Otro rasgo que nos emparenta con los presocráticos es la pasión por lo ineluctable, que ellos percibieron en la aurora de nuestra civilización, en su primer contacto con los elementos y los seres, cuyo espectáculo debió sumirles en un pavor maravillado. Al término de los siglos, concebimos esa pasión como la única forma de reconciliarnos con el hombre, con el horror que nos inspira. Resignados o hechizados, le vemos correr hacia lo que niega, estremecerse embriagado por su propio aniquilamiento. El pánico -su vicio, su razón de ser, el origen de su expansión, de su prosperidad nociva- se ha apoderado de él hasta tal punto, y tan íntimamente le define, que perecería si le privaran de él. Por sutiles que fueran los primeros filósofos, no podían adivinar que el universo moral plantearía problemas tan insolubles y aterradores como los del universo físico: el hombre, en la época en que ellos "florecían", no había mostrado aún todas sus capacidades... Nuestra ventaja sobre ellos es que hoy sabemos de lo que es capaz o, para ser más exactos, de lo que somos capaces. Pues ese pánico, estimulante y destructor a la vez, lo llevamos en nosotros, se graba en nuestras fisonomías, estalla en nuestros gestos, atraviesa nuestros huesos, revuelve nuestra sangre. Nuestras contorsiones, visibles o secretas, se las comunicamos al planeta, que tiembla como nosotros, sufre el contagio de nuestras crisis y nos vomita y maldice mientras lo invade la epilepsia.

Es lamentable que debamos afrontar la fase final del proceso histórico en un momento en el que, por haber liquidado nuestras viejas creencias, carecemos de disponibilidades metafísicas, de reservas sustanciales de absoluto. Sorprendidos por la agonía, desposeídos de todo, bordeamos la halagadora pesadilla vivida por quienes tuvieron el privilegio de encontrarse en el centro de un insigne desastre. Si poseyéramos a la vez el valor de mirar las cosas de frente y el de detener nuestra carrera, aunque sólo fuera un instante, esa tregua, esa pausa a escala del globo, bastaría para revelarnos la magnitud del precipicio que nos acecha: el terror que sentiríamos se convertiría rápidamente en plegaria o en lamentación, en convulsión salvadora. Pero ya no podemos detenernos. Y si la idea de lo inexorable nos seduce y nos sostiene es porque contiene pese a todo un residuo metafísico y constituye la única abertura sobre una apariencia de absoluto de la que aún disponemos y que necesitamos para poder subsistir. Pero incluso este recurso podría faltarnos un día. Estaríamos entonces condenados, en el apogeo de nuestro vacío, a la vergüenza de un desgaste completo, lo cual sería peor que una catástrofe repentina, a fin de cuentas honorable y hasta prestigiosa. Seamos optimistas, apostemos por la catástrofe, más conforme a nuestro temperamento y a nuestros gustos. Y dando un paso más, supongamos que ya se ha producido, tratémosla como un hecho consumado. Es muy probable que haya supervivientes, algunos afortunados que habrán tenido la suerte de contemplar su desencadenamiento y extraer la lección. Sin duda su primer deseo será abolir el recuerdo de la antigua humanidad, de todas las obras que la desacreditaron y hundieron. Ensañándose con las ciudades, querrán completar su ruina, borrar sus huellas. A sus ojos, un árbol raquítico tendrá más valor que un museo o un templo. No habrá escuelas; en su lugar, cursos de olvido y desaprendizaje en los que se exaltarán las virtudes de la distracción y las delicias de la amnesia. El asco que inspirará la imagen de cualquier libro, frívolo o grave, se extenderá al conjunto del Saber, del que se hablará con dificultad o espanto, como si se

tratara de una obscenidad o de la peste. Meterse en filosofía, elaborar un sistema y creer en él, se considerará un sacrilegio, una provocación y una traición, una complicidad criminal con el pasado. Las herramientas serán execradas y nadie pensará en utilizarlas si no es para barrer los restos del mundo desmoronado. Todo el mundo tratará de ajustar su conducta a la del vegetal en detrimento de los animales, a los que se reprochará que recuerden en ciertos aspectos la figura o las proezas del hombre; por la misma razón, los dioses no serán resucitados y menos aún los ídolos. Tan radical será el rechazo de la historia que se la condenará en bloque, sin piedad ni matices. Sucederá lo mismo con el tiempo, el cual será considerado como un lapsus o un desajuste.

De vuelta del delirio del acto, inmersos en la monotonía, los supervivientes se esforzarán por encontrarse a gusto en ella, con el fin de sustraerse a las tentaciones de lo nuevo. Por las mañanas, recogidos y discretos, murmurarán anatemas contra las generaciones anteriores; no habrá entre ellos sentimientos sospechosos o sórdidos, no existirá el rencor ni el deseo de humillar o de eclipsar a nadie. Aunque todos serán libres e iguales, colocarán por encima de ellos a aquel que no haya conservado, ni en su vida ni en su pensamiento, ninguno de los vicios de la humanidad desaparecida. Y todos le venerarán hasta llegar a ser como él.

Pero acabemos ya con estas divagaciones, pues de nada sirve inventar un "intermedio consolador", fastidioso procedimiento de las escatologías. No porque no tengamos derecho a imaginar esa nueva humanidad transfigurada a su salida de lo horrible; pero, ¿quién nos dice que una vez alcanzado su objetivo no caerá en las miserias de la antigua?, ¿cómo creer que no se cansará de ser feliz o que podrá escapar a la atracción de la caída, a la tentación de desempeñar también ella un papel? El hastío en el paraíso suscitó en nuestro primer antepasado un apetito de abismo del que ha resultado este desfile de siglos cuyo final entrevemos ahora. Ese apetito, verdadera nostalgia del infierno, causaría también estragos en la raza que nos sucediera, haciéndola digna heredera de nuestros vicios. Renunciemos, pues, a las profecías, hipótesis frenéticas, impidamos que nos siga embaucando la imagen de un porvenir lejano e improbable, contentémonos con nuestras certidumbres, con nuestros abismos indudables.

Esbozos de vértigo

"Si se le pudiera enseñar geografía a una paloma mensajera, su vuelo inconsciente, directo hacia el objetivo, sería imposible" (Carl Gustav Carus).

El escritor que cambia de lengua se halla en la situación de esa paloma instruida y desconcertada.

*

Es un error querer facilitar la tarea del lector: no lo agradece. Detesta comprender, prefiere embrollarse, atascarse, le gusta ser *castigado*. De ahí el prestigio de los autores confusos, la perennidad del fárrago.

*

Bloy habla de la *oculta mediocridad* de Pascal. La expresión me parece sacrílega y, en efecto, lo es, aunque no completamente, pues Pascal, excesivo en todo, lo fue también en materia de sensatez.

*

Los filósofos escriben para los profesores; los pensadores, para los escritores.

*

The Anatomy of Melancholy: el título más bello que se ha encontrado jamás. Qué importa que el libro resulte luego más o menos indigesto.

*

Quizás no debiéramos publicar más que el primer borrador de una obra, antes de saber, por tanto, adónde queremos ir a parar.

*

Sólo las obras inacabadas, por inacabables, nos incitan a divagar sobre la esencia del arte.

*

¿De qué me hubiera servido la fe si comprendo a Meister Eckhart como si la poseyera?

*

Lo que no puede expresarse en términos de mística no merece ser vivido.

*

Emparentarse con esa Unidad primordial de la que el Rigveda dice que "respiraba por sí misma sin aliento"

*

Conversación con un sub-hombre. Tres horas que hubieran podido convertirse en un suplicio si no me hubiera repetido sin cesar que no perdía el tiempo, que al menos tenía la oportunidad de contemplar un espécimen de lo que será la humanidad dentro de algunas generaciones...

*

No he conocido a nadie que propendiera a la autodegradación tanto como ella. Y sin embargo se mató para eludirla.

*

L. quiere saber si poseo la línea del suicidio, pero yo escondó las manos: preferiría llevar siempre guantes en su presencia a mostrárselas.

*

Un libro debe hurgar en las heridas, provocarlas incluso. Un libro debe ser un *peligro*.

*

Dos viejas conversan con gravedad en el mercado. Al separarse, la más deteriorada de ellas concluye: "Para vivir tranquilo hay que procurar quedarse en lo normal de la vida".

Es, con otras palabras, lo que decía Epicteto.

*

C. me comenta su estancia en Londres. Durante un mes entero permaneció en la habitación de

un hotel, inmóvil *frente a la pared*. La experiencia le proporcionó una felicidad inusitada que hubiera deseado indefinida. Yo le hablo de un ejercicio análogo, el del misionero budista Bodhidharma, que duró nueve años...

Como envidio su proeza, de la que él no se vanagloria, le digo que aunque fuera la única hazaña de su vida debería enaltecerle ante sí mismo y ayudarle a superar las crisis de postración de las que no sabe cómo salir.

*

París despierta. Es todavía de noche en esta mañana de noviembre. En la avenida del Observatorio un pájaro, uno sólo, ensaya algunos trinos. Me detengo y escucho. De pronto, oigo gruñidos en las inmediaciones. Imposible saber de dónde proceden. Por fin diviso a dos mendigos que duermen debajo de una camioneta: uno de ellos debe tener un mal sueño. Roto el encanto, sigo mi camino. En el urinario de la plaza de San Sulpicio tropiezo con una viejecilla medio desnuda... Horrorizado, me precipito dentro de la iglesia donde un cura jorobado, de mirada pérfida, explica a unos cuantos desgraciados de todas las edades que el fin del mundo es inminente y que el castigo será terrible.

*

¡Dichosos aquellos que, por haber nacido antes de la Ciencia, tenían el privilegio de morir de su primera enfermedad!

*

Haber introducido el suspiro en la economía del intelecto.

*

Mis fatigas, mis trastornos, mi profundo y forzado interés por la fisiología me hicieron despreciar muy pronto toda especulación como tal. Y si durante tantos años no he progresado en nada, al menos he aprendido a fondo lo que es un *cuerpo*.

*

Un viejo amigo vagabundo o, si se prefiere, músico ambulante, fue a pasar una temporada a casa de sus padres, en las Ardenas. Un domingo por la mañana, discutió por una tontería con su madre, maestra jubilada, cuando ésta se disponía a ir a misa. Fuera de sí, súbitamente pálida y muda, arroja al suelo sombrero, abrigo, blusa, falda, bragas, medias y, completamente desnuda, ejecutó una danza lasciva ante su marido y su hijo, quienes, pegados a la pared, aterrados y paralizados, fueron incapaces de detenerla con un gesto o una palabra. Acabada la demostración,

se desplomó en un sillón y comenzó a sollozar.

*

En la pared, un grabado muestra el ahorcamiento de rebeldes gascones; en su mirada se mezclan el sarcasmo, la hilaridad y el éxtasis. Diríase que lo único que temían es que su suplicio acabase...

Espectáculo de felicidad indecible y provocadora del que uno no consigue hartarse.

*

La amistad es incompatible con la verdad. De ahí que sólo sea fecundo el diálogo mudo con nuestros enemigos.

*

Nuestros allegados deberían procurar morirse cuando no estemos pasando por un periodo de atonía. ¡Qué esfuerzo debemos hacer si no para preocuparnos por su desventura!

*

"Y los últimos serán los primeros" -Fue el 30 de enero de 1958, durante el curso de Puech sobre el Evangelio según Tomás, en el Colegio de Francia, cuando este estribillo, en mitad de un comentario erudito, me sumió en un estado insólito. Si llegó a oírlo en plena agonía no me conmueve tanto.

*

Un poeta español me envía una tarjeta de felicitación en la que aparece una *rata*, símbolo, me dice, de todo lo que podemos esperar del año. De todos los años, podría haber añadido.

*

Todo aquel que es lo suficiente insensato como para embarcarse en una obra no tolera, en el fondo, la menor crítica acerca de lo que hace. Sus propias dudas respecto a sí mismo le consumen demasiado para que pueda hacer frente también a las que inspira a los demás.

*

En la antigüedad, se decía que la doctrina de Epicuro tenía la "dulzura de las sirenas". Perderíamos el tiempo buscando el sistema moderno que pudiera merecer ese elogio.

*

Visita de un joven que una conocida me había recomendado, precisándome bien que se trataba de un "genio". Tras contarme con todo detalle un viaje que acababa de realizar por África, me habló de sus preocupaciones, de sus lecturas, de sus proyectos. En todo lo que decía había algo que molestaba, una fiebre vacía que me incomodaba. Imposible saber quién era, ni lo que valía. Al cabo de una hora se levantó, me levanté yo también, me miró fijamente y, concentrado y ausente a la vez avanzó hacia mí lentamente, muy lentamente, como un caracol alucinado. Recuerdo que pensé: "Este genio quiere asesinarme", y que retrocedí un paso con la firme decisión de pegarle un puñetazo en plena cara si continuaba acercándose. De repente se detuvo, hizo un gesto nervioso, como si se contuviera, como si estuviera resistiendo, a la manera de un nuevo doctor Huequilla, a una siniestra metamorfosis; luego se calmó y volvió a sentarse tratando de sonreír. Yo procuré no hacerle ninguna pregunta que pudiera trastornarle y reemprendimos nuestra conversación exactamente donde la habíamos dejado; a medida que él volvía en sí, yo sentía que *su* estado me embargaba y que era a mí a quien tocaba ahora levantarse. Afortunadamente, tuvo en ese momento la idea de marcharse.

*

Son mis defectos de elocución, mis balbuceos, mi manera entrecortada de hablar, mi *arte* para farfullar, mi voz, mis *erres* del otro extremo de Europa, lo que me ha impulsado, por reacción, a cuidar un poco lo que escribo y a hacerme más o menos digno de un idioma al que maltrato cada vez que abro la boca.

*

Entre las miserias (vejez, enfermedad, etc.) que justifican la búsqueda de la liberación, Buda cita el "nerviosismo" del actor. En materia de miedos habría que empezar y terminar por el del ser vivo en tanto que ser vivo.

*

Un octogenario me confiesa bajo secreto que acaba de experimentar, por primera vez en su vida, la tentación de matarse. ¿Por qué tanto misterio? ¿Siente vergüenza por haber tardado tanto tiempo en conocer deseo tan legítimo o, por el contrario, horror ante lo que él debe considerar una monstruosidad?

*

Es una lástima que Pascal no creyera oportuno escribir acerca del suicidio, tema, sin embargo

apropiado para él. Sin duda habría estado *en contra*, pero con concesiones reveladoras.

*

"Lo que caracteriza a los mediocres es su gusto por lo extraordinario" (Diderot)
... Y nos extrañamos aún de que el Siglo de las Luces no comprendiera a Shakespeare.

*

No se escribe porque se tenga algo que decir, sino porque se tienen *ganas* de decir algo.

*

Si existe un instante en el que debiéramos reventar de risa es cuando, bajo el efecto de un malestar nocturno insoportable, nos levantamos sin saber si vamos a redactar nuestra última voluntad o si nos contentaremos con algún miserable aforismo.

*

¿Qué es el dolor? Una sensación que no quiere pasar inadvertida, una sensación *ambiciosa*.

*

Existir es un plagio.

*

Según la Cábala, desde el momento en que un ser es concebido, lleva en el seno de su madre un signo luminoso que se extingue al nacer...

*

No quisiera vivir en un mundo vacío de todo sentimiento religioso. Y no pienso en la fe, sino en esa vibración interior, independiente de cualquier creencia, que nos proyecta hacia Dios y a veces *más arriba*.

*

"Nadie ha podido jamás liberarse del Tiempo".
Eso yo ya lo sabía. Pero cuando es en el Mahabharata donde se lee, se sabe para siempre.

*

Si el relato de la Caída resulta tan impresionante es porque su autor no nos describe entidades ni símbolos: *ve* a un Dios paseándose de verdad por un jardín, un Dios *rural*, como tan justamente lo ha calificado un exégeta.

*

"Siempre que pienso en la crucifixión de Cristo cometo el pecado de envidia".

Si admiro tanto a Simone Weil es por esas aserciones suyas en las cuales rivaliza en soberbia con los grandes santos.

*

Pretender que el hombre no puede vivir sin dioses es un error. Primero, porque crea simulacros de ellos. Segundo, porque lo soporta todo y a todo se habitúa: no es lo bastante noble para perecer de decepción.

*

En aquel sueño adulaba a alguien a quien desprecio. Cuando desperté, sentí más asco de mí mismo que si realmente hubiera cometido semejante bajeza.

*

Únicamente tengo la impresión de ser eficaz, de hacer algo positivo, cuando me tumbo para interrogarme indefinidamente y sin objeto.

*

La esterilidad nos vuelve lúcidos y despiadados. En cuanto dejamos de producir, lo que hacen los demás nos parece carente de inspiración y de sustancia. Apreciación sin duda cierta; pero que deberíamos haber emitido cuando producíamos, cuando hacíamos precisamente como los demás.

*

La verdadera elegancia moral reside en el arte de disfrazar las victorias propias en derrotas.

*

Esas pesadillas machaconas, que no se acaban nunca, que se prolongan en vano a la espera de

catástrofes nuevas. ¡Despertarse bruscamente por falta de interés!

*

La muerte es un estado de perfección, el único al alcance del mortal.

*

En la época en la que fumaba sin parar, el primer cigarrillo, después de una noche en blanco, tenía un sabor fúnebre que me consolaba de todo.

*

En un tren de cercanías una niña de unos cinco años lee un libro ilustrado. Encuentra la palabra "paso" y le pregunta a su madre el significado, la cual le responde: "Paso es el tren que pasa, es un hombre que pasa por la calle, es el viento que pasa..." La chiquilla, que da la impresión de ser espabilada, no parece satisfecha de la respuesta. Seguramente los ejemplos le resultan demasiado *concretos*.

*

Aquel día hablábamos de teología durante la comida. La criada, una campesina analfabeta, escuchaba de pie. "Yo sólo creo en Dios cuando me duelen las muelas", dijo. Después de toda una vida su intervención es la única que recuerdo.

*

Leo en un semanario inglés una diatriba contra Marco Aurelio en la que se le acusa de hipocresía, filisteísmo y afectación. Furioso, me dispongo a responder, pero pensando en el emperador me contengo inmediatamente. No es justo indignarse en nombre de quien nos ha enseñado a no indignarnos jamás.

*

Todas las concesiones que se hacen van acompañadas de un empobrecimiento interior del que no se es consciente en el momento.

*

A un amigo que dice aburrirse porque no puede trabajar, le replico que el aburrimiento es un estado *superior* y que relacionarlo con la idea de trabajo es rebajarlo.

*

Existir es un fenómeno colosal -*que no tiene ningún sentido*. Así definiría el aturdimiento en el que vivo día tras día.

*

Me da usted a entender que no valgo nada cuando afirmo, que sólo me destaco cuando dudo. Pero yo no dudo, yo soy un idólatra de la duda; alguien que duda en estado de ebullición, en trance; soy un fanático sin credo, un héroe de la fluctuación.

*

Las indagaciones de Edipo, su búsqueda sin miramientos, y hasta sin escrúpulos, de la verdad, la obstinación que muestra en su propia ruina, recuerdan el camino y el mecanismo del Conocimiento, actividad particularmente incompatible con el instinto de conservación.

*

Estar *persuadido* de algo es una hazaña inaudita, casi milagrosa.

*

Lo que se le puede reprochar al Nietzsche del final es el exceso jadeante de su escritura, la ausencia de *tiempos muertos*.

*

Sólo nos atraen, sólo son contagiosas las palabras surgidas de la iluminación o del frenesí, dos estados en los que se es *irreconocible*.

*

Quienes sostienen que Cristo no fue un *sabio* se basan en las palabras que pronunció durante la Cena: "Haced esto en mi memoria"; pues el sabio no habla nunca en su propio nombre: el sabio es impersonal.

Admitámoslo. Pero es que Cristo nunca pretendió serlo. El se creía dios y eso exigía un lenguaje menos modesto, un lenguaje personal precisamente.

*

Padecemos, luchamos, nos sacrificamos, aparentemente por nosotros mismos, pero en realidad por cualquiera, por un enemigo futuro, por un enemigo desconocido. Y eso es más cierto aún de los pueblos que de los individuos. Heráclito se equivocó: no es el rayo, sino la ironía lo que rige el universo. Ella es la ley del mundo.

*

Incluso cuando nada sucede, todo me parece de más. ¿Qué decir entonces ante un acontecimiento, ante cualquier acontecimiento?

*

Es una locura creer que caminamos sobre tierra firme. Nos convencemos de lo contrario en cuanto la historia se pone de manifiesto. Creíamos que nuestros pasos se adherían al suelo y bruscamente descubrimos que no existe nada que se parezca a un suelo ni tampoco nada que se parezca a unos pasos.

*

En el SOHO, todos los animales se comportan decentemente salvo los monos. Se nota que el hombre no anda muy lejos.

*

Del *Diario* de Dangeau: "La duquesa de Harcourt solicita y obtiene la herencia de un tal Foucault que se ha dado muerte". "Hoy el rey ha otorgado a la delfina los derechos de sucesión de un hombre que se ha suicidado. Ella espera obtener mucho dinero". A recordar cuando nos tiente la idea de declarar inocentes a aquellos empelucados y nos extrañemos de que la guillotina haya podido existir.

*

Imposible acceder a la verdad a través de opiniones, pues toda opinión no es más que un punto de vista *loco* sobre la realidad.

*

Según una leyenda hindú, Shiva comenzará a danzar en un momento dado; lentamente al principio, cada vez más rápido después, y no se detendrá hasta haber impuesto al mundo una cadencia desenfundada, completamente opuesta a la de la Creación.

Esta leyenda no necesita comentario alguno: la historia se ha encargado de ilustrar su pertinencia.

*

Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates intentaba aprender un aire de flauta. "¿Para qué quieres aprenderlo?", le preguntaron. "Para saberlo antes de morir".

Si me atrevo a recordar esta respuesta, trivializada en los manuales, es porque me parece la única justificación seria de la voluntad de conocimiento, tanto si se practica en el umbral de la muerte como en cualquier otro momento.

*

Según Orígenes, sólo las almas predispuestas al mal, "por tener las alas quebradas" habitan un cuerpo.

En otras palabras: sin un apetito maligno ninguna encarnación, ninguna historia es posible. Evidencia terrible que se hace tolerable en cuanto la rodeamos de terminología teológica.

*

Se dice que el Mesías no surgirá más que en un mundo "totalmente justo" o "totalmente culpable". Puesto que la segunda eventualidad es la única que merece ser considerada, por estar casi a la vista y armonizar perfectamente con lo que *sabemos* del futuro, es muy probable que el Mesías acabe manifestándose, respondiendo así, más que a una larga espera, a una viejísima aprensión.

*

He observado con frecuencia que resulta más fácil volver a dormirse tras un sueño en el que se es asesinado que tras uno en el que se es asesino.

Un buen tanto para el asesino.

*

En la iglesia de San Severino un coro italiano canta las *Lamentaciones de Jeremías* de Cavalieri. En el momento de más intensa emoción me digo que aprovecharé la primera oportunidad que tenga para ajustarle las cuentas a... Siempre en los instantes más "etéreos" me asalta el deseo de vengarme inmediatamente de un agravio antiguo, ocurrido hace diez, veinte, treinta años.

*

No existe nadie cuya muerte, en un momento u otro, no haya deseado.

*

Buen psicólogo pese a su chochez, D. se regocijaba de sus intuiciones. Cada vez que nos veíamos me decía que mis accesos de rabia le recordaban los del rey Lear y se ponía a declamar la famosa amenaza: "Un día haré algo... no sé aún qué, pero voy a horrorizar a todos los habitantes de la Tierra".

El vejete se reía luego como un niño.

*

Según un texto hasídico, quien no encuentra la verdadera vía, o se aparta de ella de forma deliberada, acaba viviendo únicamente por "orgullo diabólico".

¡Cómo no darse por aludido!

*

Eternidad. Me pregunto cómo he podido articular tantas veces esta palabra sin perder la razón.

*

"Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios".

Grandes y pequeños, rasgo involuntario de humor. Hasta en el Apocalipsis son importantes las fruslerías; más aún, en ellas reside su atractivo.

*

¡Qué deshonor, la muerte! Convertirse de repente en *objeto*...

*

Detestar a alguien es desear que sea cualquier cosa salvo lo que es. T. me escribe diciéndome que soy el hombre que más ama en el mundo..., pero me suplica que abandone mis obsesiones, que cambie de rumbo, que sea otro, que rompa con el que soy. Es decir, rechaza mi *ser*.

*

Desapego, serenidad -palabras vagas, casi vacías, excepto en esos instantes en los que habríamos respondido con una sonrisa al anuncio de que sólo nos quedan algunos minutos de vida.

*

De todo lo que supuestamente pertenece a lo "psíquico", nada es tan fisiológico como el tedio, activo en los tejidos, en la sangre, en los huesos, o en cualquier otro órgano tomado por separado. Si lo dejáramos actuar nos destruiría hasta las uñas.

*

Por precaución terapéutica, vomitó en sus libros todo lo impuro que había en él, los residuos de su pensamiento, las heces de su espíritu.

*

Ofrenda musical, Arte de la fuga, Variaciones Goldberg: en música, como en filosofía, y en todo, me gusta lo que hace daño por su insistencia, por su recurrencia, por ese interminable retorno que alcanza las zonas más profundas del ser y provoca una delectación casi insoportable.

*

Qué lástima que la "nada" haya sido desvalorizada por el abuso de filósofos indignos de ella.

*

Cuando nos hemos arrogado el monopolio de la decepción, mucho debemos violentarnos para reconocer el derecho de otros a sentirse decepcionados.

*

Nada, ni siquiera la imagen de un cadáver, contribuye a hacernos modestos.

*

Todo acto de valentía es obra de desequilibrados. Los animales, normales por definición, son siempre cobardes, salvo cuando *saben* que son más fuertes, lo cual es la cobardía misma.

*

Si las cosas marchasen cada vez mejor, los ancianos, furiosos por no poder aprovecharse de ello, morirían de despecho. Afortunadamente, el rumbo tomado por la historia desde sus comienzos les tranquiliza, permitiéndoles dejar este mundo sin el menor rastro de envidia.

*

Quienes usan el lenguaje de la utopía me resultan más extraños que un reptil prehistórico.

*

No podemos estar contentos de nosotros mismos más que cuando recordamos esos instantes en los que hemos percibido lo que un adagio japonés llama el ¡ah! de las cosas.

*

La ilusión engendra y sostiene el mundo: no se la destruye sin destruirlo. Eso es lo que yo hago cada día. Ejercicio aparentemente inútil, puesto que debo volver a empezar al día siguiente.

*

El tiempo está carcomido por dentro, exactamente igual que el organismo y que todo lo contaminado por la vida. Decir tiempo es decir lesión -¡y qué lesión!

*

Comprendí que había envejecido cuando advertí que la palabra Destrucción perdía poder en mí, que ya no me provocaba aquel escalofrío de triunfo y de plenitud parecido a la oración, a una oración agresiva...

*

Aquel día, tras una serie de reflexiones más bien lúgubres, se apoderó de mí ese amor morboso por la vida que castiga o recompensa únicamente a quienes están condenados a la negación.

II

En alguna ocasión he sostenido que sólo podría admirar a un hombre ultrajado y feliz. Acabo de darme cuenta de que Epicteto fue más lejos: *agonizante y feliz*, decía él. Sin embargo, tal vez sea más fácil alborozarse en la agonía que en la deshonra.

*

Sólo quien padece varias dolencias crónicas, es decir, recurrentes, puede comprender plenamente la idea del Eterno Retorno, pues goza de la ventaja de pasar de una recaída a otra, con la reflexión filosófica que ello implica.

*

Un hombre que se precie no tiene patria. Una patria es un engrudo.

*

En el escaparate de una librería de medicina, en primer plano, un esqueleto. Sentí tal repugnancia que escupí de asco. Pensé después que, habiéndolos exaltado tantas veces, hubiera debido mostrar alguna gratitud hacia esos huesos sarcásticos, cuya imagen, y sobre todo la idea, me han sostenido caritativamente en innumerables ocasiones.

*

En cuanto sale uno a la calle y ve a la gente, *exterminio* es la primera palabra que acude a la mente.

*

Enviar un libro a alguien es cometer una efracción, un allanamiento de morada; es usurpar su soledad, lo más sagrado que posee, y obligarle a renunciar a sí mismo para que piense en pensamientos ajenos.

*

"Por fin alguien que no tuvo un sólo enemigo", pensé en el entierro de C. -No es que fuera mediocre, pero ignoraba hasta lo inaudito la *embriaguez de herir*.

*

X. no sabe ya qué hacer consigo mismo. Los acontecimientos le atormentan demasiado. Su pánico me resulta saludable, pues me obliga a calmarle, y ese trabajo de persuasión, esa búsqueda de argumentos tranquilizadores, me apacigua también a mí. Para evitar la ansiedad lo mejor es relacionarse con gente más ansiosa que uno mismo.

*

Todas esas miradas duras e implacables cuya expresión, en caso de motín, no me atrevo a imaginar.

La palabra "prójimo" no tiene ningún sentido en una gran ciudad. Era un vocablo legítimo en las civilizaciones rurales, donde todo el mundo se conocía bien y podía amarse o detestarse en paz.

*

Ritual tántrico: durante la ceremonia de iniciación le presentan al candidato un espejo que le devuelve su propia imagen; contemplándola comprende que no es más que eso, es decir, nada. ¿Para qué tantos aspavientos cuando tan fácil resulta darse cuenta de lo poco que se es?

*

Plotino conoció cuatro éxtasis; Ramana Maharshi sólo uno. Pero qué importa el número. Si hemos de compadecer a alguien, compadezcamos a quien nunca haya presentado ninguno y hable de oídas.

*

Ese hombrecillo ciego de apenas unos días que mueve la cabeza en todas las direcciones buscando no se sabe qué; ese cráneo desnudo, esa calvicie original; ese simio ínfimo que durante meses ha residido en una letrina y que, olvidando sus orígenes, pronto escupirá a las galaxias...

*

En casi todos los pensadores se puede observar la necesidad que tienen de creer en los temas que tratan, incluso de identificarse con ellos hasta cierto punto. Esa necesidad, censurable en teoría, resulta una bendición, pues gracias a ella no les asquea pensar.

*

Si existiera una manera corriente, o incluso oficial, de matarse, el suicidio sería mucho más fácil y frecuente. Pero como para morir cada uno debe encontrar su propia fórmula, se pierde un tiempo tan precioso sopesando tonterías que se olvida lo esencial.

*

Durante varios minutos me concentro en el *paso* del tiempo, fijando toda mi atención en la emergencia y el desvanecimiento de cada instante. En realidad, mi mente no se detiene en el instante individual (que no existe), sino en el hecho mismo del paso, de la interminable disgregación del presente. Si realizáramos esta experiencia sin interrupción durante todo el día, el cerebro también se desintegraría.

*

Ser es estar acorralado.

*

En las familias desquiciadas surge siempre un vástago que se consagra a la verdad y se pierde buscándola.

*

Lo que más me ha asombrado en la mayoría de los filósofos que he conocido es su falta de discernimiento. Nunca atinan en nada: qué extraordinaria ineptitud para lo justo. -El vicio de la abstracción corrompe la mente.

*

Desde hace unos cuarenta años no he dejado de sentir ni un sólo día una especie de crisis *no declarada* de epilepsia. Lo cual me ha permitido estar en forma y guardar las apariencias.

...Pero, ¿qué *apariencias*?

*

Las personas capaces de ser objetivas en cualquier circunstancia dan la impresión de salirse de lo normal. ¿Qué se ha roto o pervertido en ellas? Imposible saberlo, pero se intuye un trastorno serio, una anomalía. La imparcialidad es incompatible con la voluntad de afirmarse o, simplemente, de existir. Reconocer los méritos de los demás es un síntoma alarmante, un acto contra natura.

*

"Ni este mundo, ni el otro, ni la felicidad están hechos para el ser abandonado a la duda".
Esta frase del Bhagavad Gita es mi sentencia de muerte.

*

Trato de combatir el interés que me inspira, me imagino sus ojos, sus mejillas, su nariz, sus labios, en plena putrefacción. Es inútil: lo indefinible que se desprende de ella persiste. En momentos así es cuando se entiende por qué la vida ha conseguido mantenerse a despecho del Conocimiento.

*

Cuando se ha "comprendido", lo mejor sería morir en el acto. Pero, ¿qué significa *comprender*? Lo que verdaderamente se comprende no puede expresarse de ninguna forma, no puede transmitirse a nadie, ni siquiera a sí mismo, de manera que morimos ignorando la naturaleza exacta de nuestro propio secreto.

*

Imaginar únicamente cosas que nos gustaría rumiar en una tumba.

*

Siempre me han seducido las causas perdidas y los personajes sin porvenir, cuyas locuras he asumido hasta el extremo de padecerlas casi tanto como ellos. Cuando estamos condenados a torturarnos, los tormentos propios, por grandes que sean, no nos bastan; nos apropiamos los ajenos, para llegar a ser cien, mil veces más desgraciados.

*

Poseer el sentido de lo *perpetuo* solamente para lo negativo, para lo que daña, para lo que contraría al ser. Perpetuidad de amenaza, de inacabamiento, de éxtasis deseado y fallido, de absoluto entrevisto, rara vez alcanzado; a veces sin embargo superado, rebasado, como cuando nos evadimos de Dios...

*

En la linde del bosque, una paloma herida por alguna bala perdida avanzaba a pequeños saltos. Esos movimientos cómicos, *que parecían divertirla*, daban a su agonía un carácter alegre. Hubiera

querido llevármela, pues hacía frío y la noche se acercaba, pero no sabía a quién confiarla: nadie se hubiera ocupado de ella en aquella región cerrada y morosa. Tampoco podía intentar apiadar al jefe de la pequeña estación donde iba a tomar el tren. Así que abandoné a la paloma a su *gozo* de morir.

*

Haber estado siempre acosado por males particularmente fieles y no haber convencido a nadie de su realidad. Bien mirado, es justo que así sea: las dotes de charlatán y chistoso no se exhiben en sociedad impunemente. ¿Cómo conseguir luego que se admita la existencia de un mártir *alegre*?

*

Estar cansado no solamente de lo que se ha deseado sino de lo que se *hubiera* podido desear. De todo deseo posible, en realidad.

*

Los grandes santos no querían hacer milagros; consentían de mala gana, como si les obligara *alguien*. Una repugnancia tan viva procedía sin duda del miedo a pecar de soberbia y a ceder a la tentación del titanismo, al deseo de igualar a Dios y de robarle sus poderes.

A veces, en el paroxismo de la voluntad, es concebible que puedan *forzarse* las leyes de la naturaleza. Esos momentos son tan extenuantes que dejan sin aliento, sin la energía interior capaz de transgredir y violar dichas leyes. Y si la intención del milagro agota, ¿qué ocurrirá con el milagro mismo?

*

Siempre que encontramos algo de verdad existente, real, pleno, nos gustaría que todas las campanas repicasen como en las grandes victorias o las grandes calamidades.

*

Experimentar en medio de una feria sensaciones de las que habrían estado celosos los Padres del Desierto.

*

Quisiera proclamar una verdad que me excluyera para siempre del mundo de los vivos, pero sólo conozco el sentimiento, no las palabras que podrían expresarlo.

*

Te atreviste a llamar al Tiempo "hermano", a aliarte al peor de los torturadores. Nuestras diferencias son evidentes: tú corres a su lado, mientras que yo lo precedo o lo sigo a rastras, sin adoptar jamás sus maneras y no pudiendo considerarlo más que cuando siento por él una especie de *pena especulativa*.

*

Según el autor gnóstico del *Apocalipsis de Juan*, llamar al *Altísimo infinito* es apuntar muy bajo, pues El es "*mucho más que eso*".

Me gustaría conocer el nombre del autor que vio con tanta perspicacia en qué consiste la extravagante singularidad de Dios.

*

Es una lástima que no se pueda progresar en modestia. Yo lo he intentado con verdadero ahínco, lográndolo únicamente en momentos de gran fatiga. Una vez desaparecida ésta, mis esfuerzos han resultado siempre vanos. La modestia debe ser un estado muy poco natural para que sólo pueda alcanzarse mediante el agotamiento.

*

Aquel náufrago, recién llegado a la isla, lo primero que vio fue una horca y, en vez de amedrentarse, se sintió tranquilo: se hallaba entre salvajes, de acuerdo, pero en un lugar donde reinaba el orden.

*

Pienso con frecuencia en las emociones de cualquier pagano tras el gran cambio de Constantino. Mi vida ha sido un perpetuo terror ante los dogmas, ante los dogmas nacies.

Los dogmas vacilantes, por el contrario, me seducen, pues han perdido su agresividad. No obstante, aun sabiéndolos amenazados, no puedo olvidar que su delicuescencia prepara el advenimiento de un mundo que temo. Así, la simpatía que me inspiran acaba por alimentar mi pavor...

*

El éxito, los honores y todo lo demás sólo son excusables si quien los conoce *siente* que acabará mal y los acepta únicamente para, llegado el momento, *gozar* plenamente de su propia caída.

*

"Ni en el mármol helado de las estatuas he visto nada tan impasible", escribe Barras a propósito de Robespierre. Me pregunto si la imperturbabilidad de ese crápula espléndido que fue Talleyrand no era una copia ultrarrefinada de las maneras y el estilo del Incorruptible.

*

Fundar una familia. Creo que me hubiera sido más fácil fundar un imperio.

*

El escritor auténtico escribe sobre los seres, las cosas y los acontecimientos, no sobre el hecho de escribir; se sirve de las palabras, pero no se demora en ellas, ni las hace el objeto de sus disquisiciones. Lo será todo, menos un anatomista del Verbo. La disección del lenguaje es la manía de quienes no teniendo nada que decir se confinan en el decir.

*

Tras una grave enfermedad, en algunos países de Asia, como en Laos, existe la posibilidad de cambiar de nombre. Qué clarividencia demuestra semejante costumbre. En realidad, deberíamos cambiar de nombre tras cada experiencia importante.

*

Sólo la flor que cae es una flor total, ha dicho un japonés.
Casi podría decirse lo mismo de una civilización.

*

La base de una sociedad, de toda sociedad, se halla en cierto *orgullo de obedecer*. Cuando este orgullo deja de existir, la sociedad se derrumba.

*

Mi pasión por la historia procede de mi buen olfato para lo caduco y de mi apetito de lo *condenado*.

*

- ¿Es usted reaccionario?
- Tal vez, pero en el sentido en que Dios lo es.

*

Somos y seguiremos siendo esclavos mientras no estemos curados de la manía de esperar.

*

Reconforta poder decirse: mi vida corresponde punto por punto a la clase de *atasco* que me deseaba a mí mismo.

*

Durante más de treinta años mi padre administró la extremaunción miles de veces. Al igual que su "compañero" el sepulturero, no poseía el sentimiento de la muerte, sentimiento que nada tiene que ver con el *cadáver*, sentimiento íntimo, el más íntimo de todos, que experimentaríamos, si estamos predestinados a él, hasta en un mundo donde no existiera la posibilidad de morir.

*

Esos momentos en los que actuamos como si nunca hubiera existido nada, en los que suspendemos toda espera por falta de instantes, y en los que sería inútil buscar en lo más profundo de nosotros mismos una partícula de ser aún manchada de Posible.

*

Aquella nonagenaria se extinguía sin estar enferma, sin que le ocurriera nada, se moría simplemente porque no podía durar más... Cuando entré en su habitación la encontré adormilada; aun así tuvo fuerzas para murmurar: "Es el final, es el final". "Qué más da, no hay por qué preocuparse", le repliqué. Ella esbozó una sonrisa imprecisa, acaso de desprecio. Debí parecerle demasiado ingenuo o demasiado cínico, o ambas cosas a la vez.

*

Cuando veo a alguien luchar por una causa trato de saber lo que sucede en su cerebro y de dónde puede provenir tan evidente falta de madurez. Quizás rechazar la resignación sea un signo de "vida", pero nunca lo será de clarividencia, ni siquiera de reflexión. Un hombre sensato no se rebaja a protestar, apenas si consiente a indignarse. Tomar en serio las cosas humanas demuestra alguna secreta carencia.

*

Un antropólogo que estudiaba a los pigmeos constató con estupor que las tribus de los alrededores le despreciaban y le marginaban porque se relacionaba con un pueblo inferior, ya que los pigmeos eran considerados gentuza, "perros" indignos de despertar el menor interés.

Nada hay más exclusivo que los instintos vigorosos, intactos. Una sociedad se consolida en la medida en que es inhumana y sabe excluir... Los "primitivos" sobresalen en esto. Fueron los "civilizados" quienes inventaron la tolerancia y quienes perecerán por su causa. Y la inventaron precisamente porque comenzaban a perecer... No fue la tolerancia lo que los debilitó; fue su propia debilidad, su energía deficiente, lo que los hizo tolerantes.

*

Las dos mujeres con las que más me he relacionado: Teresa de Avila y la marquesa de Brinvilliers, aquella gran envenenadora.

*

Odiamos a los obsesos de lo peor incluso cuando reconocemos la exactitud de sus aprensiones y de sus advertencias. Somos mucho más indulgentes con quienes se equivocan, pues creemos que su ofuscación es fruto del entusiasmo y de la generosidad, mientras que los otros, prisioneros de su propia lucidez, nos parecen cobardes incapaces de asumir el riesgo de una ilusión.

*

Bien pensado, la época ideal no fue la de las cavernas, sino la inmediatamente posterior, cuando, después de tan largo encierro, se pudo al fin pensar *fuera*.

*

No lucho contra el mundo, lucho contra una fuerza mucho mayor, contra mi *fatiga* del mundo.

*

Esta vieja sexualidad es algo pese a todo. Reconozcámoslo: hemos hecho bien prestándole tanta atención desde que la vida es vida. ¿Cómo explicar si no que nos cansemos de todo menos de ella? El ejercicio más antiguo del ser vivo tenía que marcarnos; es normal que quien no se entregue a él sea un ser aparte, una piltrafa o un santo.

*

Cuanto más injusticias se han sufrido mayor es el riesgo de caer en el engreimiento y hasta en la soberbia. Toda víctima se vanagloria de ser un elegido a contracorriente y reacciona en consecuencia, sin sospechar que es así como actúa el Diablo.

*

Tan pronto como volvemos a la Duda (si es que en algún momento la habíamos abandonado), emprender algo parece menos inútil que extravagante. Con la duda no se bromea. Nos trabaja a fondo, como una enfermedad o, más eficazmente aún, como una fe.

*

Según Tácito, Otón, persuadido por sus soldados de que aplazara su suicidio, dijo: "De acuerdo, añadamos otra noche a nuestra vida".

... Esperemos por su bien que aquella noche no fuera como la que yo acabo de pasar.

*

Dice el Talmud que los malos impulsos son innatos y que los buenos no aparecen antes de los trece años... Pese a su carácter cómico, la precisión no carece de verosimilitud: nos descubre la incurable timidez del Bien frente al Mal, el cual, confortablemente instalado en nuestra sustancia, goza de los privilegios que le confiere su calidad de primer ocupante.

*

El Mesías no podía ser para los judíos más que un rey triunfante, nunca una víctima. Demasiado ambiciosos para contentarse con un crucificado, esperaban a alguien *fuerte*. Tuvieron la suerte de no darse cuenta de que, a su modo, Cristo lo era. Si no, se hubieran mezclado a las hordas cristianas, desapareciendo lamentablemente.

*

Nuestros achaques nos impiden escapar de nosotros mismos, ser otros, cambiar de piel, metamorfosearnos. Después de cada paso hacia adelante nos obligan a dar un paso hacia atrás, de manera que sólo podemos progresar en el conocimiento de nuestra inútil identidad.

*

Mi misión es matar al tiempo, la suya matarme a mí. Se está perfectamente a gusto entre asesinos.

*

La obsesión de lo *último* a propósito de todo, lo último como categoría, como forma constitutiva del espíritu, como deformación original, y hasta como revelación...

*

Sobre mi mesa, desde hace meses, un martillo. ¿Símbolo de qué? No lo sé, pero su presencia me resulta benéfica y en ciertos momentos me proporciona ese aplomo que deben conocer quienes se esconden tras una certidumbre cualquiera.

*

Súbitamente, necesidad de demostrar agradecimiento, no sólo a los seres sino también a los objetos, a una piedra porque es piedra... Todo parece entonces animarse como si fuera para la eternidad. De golpe, *inexistir* parece inconcebible. Que esos escalofríos se produzcan, que puedan producirse, muestra que la última palabra tal vez no esté en la Negación.

*

Un pintor me cuenta que una noche, en la Costa Azul, visitó a un ciego; encontrándole solo y en completa oscuridad, no pudo evitar compadecerle y preguntarle si era soportable la existencia cuando no se ve la luz. "*No sabe usted lo que se pierde*", le respondió el ciego.

*

¿Cómo superar los ataques de furia, esa necesidad de estallar, de partirle la cara a todo el mundo, de abofetear universos? Habría que dar inmediatamente un corto paseo por un cementerio o, mejor aún, un paseo *definitivo*...

*

Ni un solo día, ni una sola hora, ni siquiera un minuto sin caer en lo que el filósofo budista Chandrakirti llamó el "*abismo de la herejía del yo*".

*

Entre los iroqueses, cuando un anciano no podía ya cazar, su familia le proponía abandonarlo lejos, dejándolo morir de hambre, o romperle la cabeza con un *tomahawk*. El interesado optaba casi siempre por la segunda fórmula. Detalle importante: antes de darle a elegir todos sus

parientes entonaban la *Canción del gran Remedio*.

¿Qué sociedad "avanzada" ha demostrado nunca tanta cordura o tanto sentido del humor?

*

Hace tiempo que agoté todas las disponibilidades religiosas que poseía. ¿Aridez o purificación? No podría decirlo. En mi sangre no renquea ya ningún Dios...

*

No olvidar nunca que la plebe echó de menos a Nerón. A recordar siempre que alguna quimera nos tienta.

*

Pensar que desde hace tantos años no hago otra cosa que ocuparme de mi cadáver, remendarlo, en lugar de desecharlo para mayor gloria de ambos...

*

Sólo merecen compasión los miserables que ante la imposibilidad de pegar ojo desean en mitad de la noche zarandear el espacio, rugir o, al menos, gritar, y ni siquiera tienen fuerzas para musitar anatemas.

*

Cada vez distingo menos lo que está bien de lo que está mal. Cuando ya no encuentre ninguna diferencia entre una cosa y otra, suponiendo que lo logre algún día, -qué gran paso hacia adelante. ¿Hacia *qué*?

*

Qué acertada parece esa idea de la Cábala según la cual el cerebro, los ojos, las orejas, las manos e incluso los pies poseen un alma distinta que sólo a ellos pertenece. Esas almas serían "destellos" de Adán... Lo cual resulta menos evidente...

*

Al bajar la escalera oigo al robusto octogenario del piso de abajo cantar, con voz atronadora, el *Miserere nobis*. Subo media hora más tarde y vuelvo a oír el mismo "*miserere*", tan acuciante como antes. La primera vez había sonreído; la segunda, me sobrecogí.

*

Esa paz de ultratumba que experimentamos cuando nos abstraemos del mundo. De pronto, creí percibir una sonrisa envolviendo el espacio. ¿Quién sonreía?, ¿de quién emanaba esa gran dicha que inunda los rostros de las momias? Durante un instante estuve en el *otro lado*; al siguiente tuve que regresar, indigno de compartir más tiempo el secreto de los muertos.

*

A decir verdad no he conocido la indigencia. He sufrido, en cambio, si no la enfermedad, sí la *ausencia de salud*, lo cual me libra del remordimiento de no haber vivido en la miseria.

*

¿Cómo saber si estamos en lo cierto? El criterio es simple: si los demás nos hacen el vacío no hay ninguna duda de que estamos más cerca de lo esencial que ellos.

*

Serénate, recupera la confianza, no olvides que a todos no ha sido dada la posibilidad de idolatrar al desaliento sin sucumbir a él.

*

Mercado de pájaros. Qué fuerza, qué determinación en esos minúsculos cuerpos frenéticos. La vida reside en esa nada... abrumadora que anima una pizca de materia, que brota de esa materia misma y con ella se desvanece. Pero la perplejidad subsiste: imposible explicar esa fiebre, esa danza perpetua, esa representación, ese espectáculo que la vida se ofrece a sí misma. ¡Qué teatro el aliento!

*

Todos esos transeúntes hacen pensar en gorilas pusilánimes y fatigados hartos de imitar al hombre.

*

Si existiera algún rastro de un orden providencial, todos sabríamos exactamente cuándo se ha acabado nuestro tiempo y desapareceríamos sin vacilaciones. Pero como en semejante tema siempre existen pros y contras, esperamos, dialogamos con nosotros mismos y pasamos las horas

y los días interrogándonos indignamente.

En una sociedad perfecta la orden de desaparecer nos sería notificada en el instante mismo en que comenzáramos a sobrevivirnos. El criterio a seguir no sería siempre la edad, dado el número de jóvenes que hoy apenas diferencian de espectros. Toda la cuestión radicaría en cómo elegir a quienes tendrían que pronunciarse sobre la última hora de cada uno.

*

Si consiguiéramos ser *conscientes* de *todos* nuestros órganos, poseeríamos una experiencia y una visión absoluta del cuerpo, el cual estaría tan presente en nuestra conciencia que no podría realizar sus obligaciones: él mismo llegaría a ser consciente y dejaría de desempeñar su papel de cuerpo...

*

Me he quejado constantemente de mi suerte; de no haberlo hecho, ¿cómo hubiera podido afrontarla? Ponerla en tela de juicio era la única posibilidad de adaptarme a ella y soportarla. Debo, pues, continuar atacándola: por instinto de conservación y por cálculo, por egoísmo en suma.

*

Un muchacho y una muchacha, ambos mudos, se hablaban por gestos: qué felices parecían. A todas luces la palabra no es, no puede ser, el vehículo de la plenitud.

*

Cuanto más viejo se es, más se anda a la caza de honores. Puede que la vanidad nunca sea tan activa como en las cercanías de la tumba. Nos aferramos a lo fútil para no advertir lo que ello encubre, engañamos a la nada con algo más nulo todavía.

*

La salud es un estado de no-sensación y hasta de no-realidad. En cuanto dejamos de sufrir, dejamos de existir.

*

La locura no ahoga la envidia, ni siquiera la calma. La prueba es X., que sale del manicomio más rencoroso que nunca. Si la camisa de fuerza no consigue modificar el fondo de un ser, ¿qué puede esperarse de un tratamiento o incluso de la edad? Después de todo, la demencia es una

conmoción más radical que la vejez, pero por lo que se ve tampoco ella consigue arreglar nada.

*

Sabiendo lo que sé no debería estar expuesto a la menor sorpresa. Sin embargo, el riesgo existe, peor aún, es cotidiano. Esa es mi debilidad. Es vergonzoso que todavía pueda sentirme satisfecho o decepcionado de algo.

*

Morir es una superioridad poco buscada. Lo pensaba mientras escuchaba a un anciano que tiene miedo a la muerte y piensa en ella constantemente: qué no daría él por esquivarla. Con un ahínco irrisorio trata de convencerme de su inevitabilidad... Tal como él se la imagina parece aún más incontestable de lo que es en realidad. Sin problemas de salud a pesar de su edad, sin preocupaciones materiales, sin lazos de ninguna clase, rumia indefinidamente el mismo pavor, en lugar de pasar el tiempo que le queda de vida sin inquietudes. Pero la "naturaleza" le ha infligido ese tormento como castigo por haber escapado a los otros.

*

La plenitud como cúspide de la felicidad sólo es posible en esos instantes en los que poseemos una conciencia profunda de la irrealidad de la vida y de la muerte. Instantes raros en tanto que experiencias, aunque frecuentes en el ámbito de la reflexión, en el cual sólo existe lo que se siente. Ahora bien, sentir la irrealidad y trascenderla en un mismo acto es una hazaña que rivaliza con el éxtasis y, a veces, lo eclipsa.

III

"Los dioses han ocultado a los hombres las fuentes de la vida" (Hesíodo). ¿Han hecho bien o mal? Está claro que tras una revelación semejante los mortales no habrían tenido el coraje de seguir viviendo.

*

Cuando se sabe lo que las palabras valen, lo asombroso es intentar enunciar algo y conseguirlo. Hace falta, eso sí, una desfachatez sobrenatural.

*

X. me dice que le gustaría verme. Yo acepto con prisa. A medida que se acerca la hora de la cita van despertándose en mí viejos instintos homicidas. Conclusión: no consentir nunca a nada si queremos tener una buena opinión de nosotros mismos.

*

Me paso la vida aconsejando el suicidio por escrito y desaconsejándolo de palabra. Y es que en el primer caso se trata de una salida filosófica y en el segundo de un ser, una voz, un quejido...

*

En el sermón de Benarés, Buda cita entre las causas del dolor la sed de devenir y la sed de no-devenir. La primera se comprende, pero ¿la segunda? En el fondo perseguir el no-devenir equivale a liberarse. Sin embargo, Buda no alude al objetivo, sino al camino en sí, a la búsqueda y a la obstinación en la búsqueda. Por desgracia, en la senda de la liberación sólo la senda es *interesante*. La liberación no se alcanza, uno se hunde, se ahoga en ella. El nirvana mismo no es más que una asfixia -aunque la más dulce de todas.

*

Quien no tiene la suerte de ser un monstruo en un ámbito cualquiera, incluso el de la santidad, inspira desprecio y envidia.

*

Imposible considerar veleidoso a quien durante mucho tiempo arrastra una dolencia; en cierto

modo se ha realizado. Toda enfermedad es un título.

*

En su vejez, Strindberg llegó a tomar el Jardín de Luxemburgo por su Getsemaní.

... También para mí ha sido una forma de Calvario -prolongado, es cierto, durante cuarenta años.

*

Resulta irremediabilmente vulgar todo lo que carece de un matiz fúnebre.

*

Tras pasar por la consulta de un especialista se tiene la impresión de ser la peor de las piltrafas, la basura de la Creación, un desecho. No se debería saber *de qué* se padece y menos aún de qué se muere. Toda precisión en ese terreno es impía, pues *con una palabra* suprime la pizca de misterio que la muerte, e incluso la vida, parecen encerrar.

*

¡Ser un bárbaro y no poder vivir fuera de un invernadero!

*

El dolor, al mismo tiempo que nos mina, incrementa nuestro orgullo. Nuestro enemigo se encarga de nuestra defensa.

*

Una oración desenfrenada, una oración destructora, pulverizadora, una oración que irradie el Fin.

*

En mis accesos de optimismo me digo que mi vida ha sido un infierno, *mi* infierno, un infierno a mi gusto.

*

No, el aire no me falta, pero no sé qué hacer con él, no entiendo por qué debo respirar...

*

Puesto que la muerte es el equilibrio mismo, *vida* y *desequilibrio* son idénticos: ejemplo único de sinónimos perfectos.

*

Todo lo que he concebido se reduce a malestares degradados en generalidades.

*

¿Durante cuánto tiempo puede la fiebre animar una obra? Es frecuente que la pasión origine obras efímeras, mientras que otras, producidas por la fatiga, sobreviven una época tras otra. Intemporal lasitud, perennidad del asco frío.

*

Varios centenares de turistas, escandinavos en su mayoría, esperan en la frontera española delante de la aduana. A una mujer corpulenta, visiblemente ibérica, le entregan un telegrama; por él se entera de la muerte de su madre y comienza a chillar.

Qué suerte poder descargarse con tanta rapidez de una pena, en lugar de disimularla y almacenarla como hubiera hecho cualquiera de aquellos nórdicos descoloridos que miraban aturridos y que, víctimas de su discreción y de su compostura, se derrumbarán un día en el diván del psicoanalista.

*

El mejor medio de consolar a un desdichado es asegurarle que una maldición pesa sobre él. Ese género de halago le ayuda a soportar sus infortunios, ya que la idea de maldición supone la de haber sido escogido -miserable elección-. La adulación surte efecto hasta en plena agonía. El orgullo sólo desaparece con la conciencia e incluso la sobrevive a veces, como ocurre en nuestros sueños, en los que una lisonja puede conmovernos con tal intensidad que llegue a despertarnos bruscamente, dejándonos extáticos y avergonzados.

*

¿La prueba de que el hombre execra al hombre? Basta encontrarse en medio de una muchedumbre para sentirse solidario de todos los planetas muertos.

*

¿En virtud de qué aberración, el suicidio, único acto verdaderamente normal, se ha convertido en el monopolio de los tarados?

*

... *Better be with the dead*

... *Than on the torture of the mind to lie*

In restless ecstasy.

Macbeth -mi hermano, mi portavoz, mi mensajero, mi alter ego.

*

Descubrir en lo más profundo de sí mismo un impulso maligno que no es ni lo bastante fuerte para manifestarse a la luz del día ni lo bastante débil para permanecer tranquilo, una especie de demonio insomne, atormentado por todos los males que ha soñado, por todos los horrores que no ha perpetrado...

*

Todos hablan mal de él y contra todos le defiendo yo, negándome a emitir un juicio moral acerca de alguien que, en su adolescencia, tuvo que identificar el cadáver de su padre en el depósito y, burlando la vigilancia del guardián, logró pasar allí la noche. Una hazaña semejante da derecho a todo, y es natural que él lo haya entendido así.

*

- Me tomo la libertad de rezar por usted.

- Me parece muy bien. Pero, ¿*quién* va a escucharle?

*

Nunca sabremos si ese filósofo, en lo que escribe sobre el Dolor, trata de una cuestión de sintaxis o de la primera, de la reina de las sensaciones.

*

La conversación sólo resulta provechosa con los exaltados que han dejado de serlo, con los ingenuos... Por fin tranquilos, han dado, voluntariamente o a la fuerza, el paso decisivo hacia el Conocimiento, -esa versión impersonal de la decepción-.

*

Empeñarse en curar a alguien de un "vicio", de lo más profundo que posee, es atentar contra su ser. Y así lo considera él mismo, puesto que nunca nos perdonará que hayamos pretendido que se destruya a nuestra manera y no a la suya.

*

No es el instinto de conservación, sino nuestra incapacidad para *ver* el porvenir, lo que nos permite seguir viviendo. O para imaginarlo solamente. Si supiéramos lo que nos espera, nadie se rebajaría a persistir. Pero como todo desastre futuro es abstracto, resulta difícil asimilarlo. Ni siquiera lo logramos cuando se abate sobre nosotros y nos *sustituye*.

*

Qué locura prestar atención a la historia, Pero, ¿qué hacer si no cuando se ha sido *traspasado* por el Tiempo?

*

Me intereso por cualquiera, pero nunca por los demás. Hubiera podido serlo todo, salvo legislador.

*

Al hecho de ser incomprendido o despreciado va unido un placer innegable que conocen bien quienes han trabajado sin ser reconocidos. Ese género de satisfacción, teñida de arrogancia, va perdiéndose poco a poco, pues con el tiempo todo desaparece, incluso la desmesurada idea que nos hacemos de nosotros mismos, germen de toda ambición y de toda obra, duradera o caduca.

*

Quien se hace la menor ilusión acerca de los hombres, después de haberlos tratado, debería ser condenado a reencarnarse, para que aprendiera a observar, para que se pusiera al corriente de lo que sucede.

*

¿La aparición de la vida? Una locura pasajera, una fantasía de los elementos, un capricho de la materia. Los únicos que tienen alguna razón de protestar son los seres individuales, víctimas compasibles de un antojo.

*

En un libro de inspiración oriental, el autor da a entender que está lleno, "saturado de serenidad." -El pobre hombre no nos dice con claridad cómo lo ha conseguido, y no resulta difícil comprender por qué-.

*

Todos los seres vivos son réprobos, sin saberlo. Me pregunto si yo que lo sé soy superior a ellos. Sí, lo soy: *creo* sufrir más.

"Sálvame de esta hora", dice la *Imitación de Cristo*. "Sálvame de todas las horas", habría sido más acertado decir.

*

Durante años, estudié los defectos de X. con el propósito de perfeccionarme... El daba importancia a todo; yo comprendí que eso es lo único que no hay que hacer: ¡de cuántos entusiasmos me ha librado su ejemplo, siempre presente en mí!

*

Qué sobrecogimiento al encontrar ese pasaje donde Jacqueline Pascal ensalza los progresos de su hermano en el "deseo de ser aniquilado en la estima y la memoria de los hombres".

Esa es la vía que yo esperaba tomar, que incluso he tomado a veces, el camino en el que me atasqué...

*

En las malas noches, llega un momento en el que dejamos de agitarnos y nos rendimos; ese momento nos produce cierta paz, triunfo invisible, suprema recompensa por los tormentos pasados. *Aceptar* es el secreto de los límites. Nada iguala al luchador que renuncia, nada es comparable al éxtasis de la capitulación...

*

Según Nagarjuna, espíritu extremadamente sutil que sobrepasó incluso el nihilismo, lo que Buda ofreció al mundo es el "néctar de la vacuidad". En los confines del análisis más abstracto y destructor, ¿no es una debilidad, una concesión, evocar un brebaje, aunque sea el de los dioses? - Por muy lejos que vayamos, siempre arrastraremos la indignidad de ser -o haber sido- hombres.

*

En aquella cena ruidosa charlábamos de todo y de nada. De pronto, el sonriente retrato de X. atrajo mi mirada: qué contento parecía, qué luz emanaba de su rostro; siempre feliz, hasta en pintura. Comencé a envidiarlo, a odiarlo como si él hubiera usurpado todas mis oportunidades. Después sentí alivio, un bienestar repentino, al recordar que estaba muerto.

*

Estoy cada vez más de acuerdo con Epicuro cuando se burla de quienes, fieles a los intereses de su patria, no vacilan en sacrificar por ella lo que él llama la *corona de la ataraxia*.

*

Cavilaba frente al mar acerca de miserias pasadas y recientes, sin dejar de advertir lo ridículo que resultaba ocuparse de sí mismo teniendo ante los ojos el más vasto de los espectáculos. Así que cambié rápidamente de tema.

*

En plena madrugada, sumido en un libro completamente frívolo, pienso en un amigo desaparecido hace tiempo cuyas opiniones eran importantes para mí. ¿Qué hubiera dicho él de haber visto cómo empleo mis horas nocturnas? Sólo debería importarnos el punto de vista de los muertos, pues es el único verdadero, si es que puede hablarse de la verdad en alguna ocasión.

*

Cuando se viene al mundo con una conciencia de culpable, como si se hubieran perpetrado grandes crímenes en otra vida, da igual que cometamos uno en ésta, puesto que cargamos ya con remordimientos cuyo origen y necesidad no logramos descubrir.

*

Después de haber cometido una bajeza, casi siempre nos sentimos consternados. Consternación impura; apenas experimentada, ya estamos pavoneándonos de ella, orgullosos de haber sentido una indignación tan noble, aunque haya sido contra nosotros mismos.

*

Lo que se escribe da una imagen incompleta de lo que se es, por la sencilla razón de que las palabras surgen y cobran vida solamente cuando se está en el punto más alto o más bajo de sí

mismo.

*

Especulando hace un momento sobre la *infinitud del tiempo*, no he tenido, miserable de mí, la decencia de desvanecerme. No deberíamos poder seguir de pie tras haber percibido lo que de terrible esconde semejante tópico.

*

Mirando fotografías de una misma persona a edades diferentes, se comprende que el Tiempo haya sido calificado de mago. Sus operaciones son inverosímiles, pasmosas, verdaderos milagros, aunque milagros al revés. Ese mago es más bien un demoledor, un ángel sádico, un funcionario del Rostro.

*

Mientras hablo por teléfono con X., que me llama desde el manicomio, pienso que un cerebro estropeado no tiene solución, que es imposible arreglarlo, que ignoramos cómo actuar sobre miles de millares de células deterioradas o rebeldes; en resumen, que no se *repara* el Caos.

*

La expresión concentrada o convulsiva, la mímica del ambicioso, me revuelve el estómago. Yo mismo, en mi juventud, fui presa de ambiciones desmedidas, y ahora me repugna hallar en otros los estigmas de mis comienzos.

*

¿Cómo distinguir la parte de profundidad y de impostura que hay en toda expresión oscura? El pensamiento nítido se detiene en sí mismo, víctima de su probidad; el otro vaga, se esparce, salvándose por su misterio sospechoso y sin embargo inatacable.

*

Durante las horas que pasamos en vela cada instante está tan lleno y tan vacío que se erige en rival del Tiempo.

*

Sólo piensan *profundamente* quienes no tienen la desgracia de poseer el sentido del ridículo.

*

La posibilidad de matarse en los momentos difíciles de la vida es, según Plinio, "el mayor favor que ha recibido el hombre". Y compadece a la Divinidad, desconocedora de tentación y privilegio semejantes.

¡Apiadarse del Ser supremo porque no puede suicidarse! Idea incomparable, idea prodigiosa, que por sí sola probaría la superioridad de los paganos sobre sus furibundos sucesores.

Quien habla de sabiduría no habla jamás de sabiduría *cristiana*, la cual nunca ha existido ni existirá. Dos mil años inútiles. Toda una religión condenada antes de nacer.

*

Profundo estremecimiento en mi infancia al oír a mi padre, a su regreso del cementerio, contar cómo una joven madre que acababa de perder a su hija había estallado en carcajadas en el momento en que descendían el ataúd a la tumba. ¿Ataque de locura? Sí y no. Porque, en el fondo, cuando asistimos a un entierro y vemos el engaño de la vida desenmascarado de repente, a todos nos gustaría reaccionar como aquella mujer. Es demasiado fuerte, es casi una provocación: la naturaleza *exagera*. Resulta lógico que se pueda naufragar en la hilaridad.

*

Los estados interiores cuya causa es identificable no son fecundos; los únicos que nos enriquecen son los que se producen sin que sepamos por qué. Esto es particularmente cierto de los estados excesivos, de los abatimientos y de las alegrías que amenazan la integridad de nuestra mente.

*

Publicar gemidos, interjecciones, fragmentos... tranquiliza a todo el mundo. El autor se sitúa en una posición de inferioridad respecto del lector y éste se lo agradece.

*

Todos tenemos derecho a atribuirnos la ascendencia que nos convenga o que *nos explique* a nuestros propios ojos. ¡Cuántas veces no habré cambiado yo de antepasados!

*

La indolencia nos libra de la prolijidad y, por lo tanto, de la impudicia inherente al rendimiento.

*

Cuando quería despachar a alguien, aquel viejo filósofo le tachaba de "pesimista", como insultándole. Para él era pesimista cualquiera que sintiese aversión por la utopía. Así, calificaba de infame a todo enemigo de espejismos.

*

Contribuir, como sea, a la disolución de un sistema, es lo que persigue quien piensa al ritmo de lo fortuito, quien se negará siempre a pensar por pensar.

*

El Tiempo, no solamente corroe a todo lo que vive, sino que se corroe también a sí mismo, como si, cansado de continuar y exasperado por lo Posible, su mejor parte, aspirase a extirparla.

*

No existe otro mundo. Ni siquiera existe este mundo. ¿Qué existe entonces? La sonrisa interior que suscita en nosotros la evidente inexistencia de uno y otro.

*

Nunca desconfiaremos bastante de la euforia. Cuanto más dure, más deberíamos alarmarnos. Pocas veces justificada, surge siempre triunfante, no sólo sin ninguna razón seria sino sin el menor pretexto. En lugar de exaltarla, más nos valdría verla como un presagio, como un aviso...

*

Siempre que nos encontramos ante una alternativa, nos sentimos perplejos; pero en cuanto eliminamos la posibilidad de elegir y asimilamos la opción al error, nuestros pasos se orientan hacia la beatitud del ser incapaz de afiliarse. Todo conflicto nos parece entonces infundado: ¿para qué combatir, sufrir, consumirse? El hombre es un animal descarriado que, preso de la duda, si ya no logra disfrutar haciendo la guerra a los demás, se vuelve hacia sí mismo para torturarse sin piedad. Convierte entonces la duda en abismo, introduce una nota sombría en el pirronismo y transforma, a la manera de Pascal, la suspensión del juicio en una interrogación desesperada.

*

La amistad es un pacto, una convención. Dos seres se comprometen tácitamente a no decir

jamás lo que *en el fondo* piensan el uno del otro. Una especie de alianza hecha de precauciones. Cuando uno de ellos señala públicamente los defectos del otro, el pacto queda revocado, la alianza rota. Ninguna amistad resiste al hecho de que uno de los dos deje de jugar el juego. En otras palabras: ninguna amistad soporta una dosis exagerada de franqueza.

*

Yo tenía veinte años, el filósofo con quien hablaba sesenta. No sé cómo llegamos a abordar un tema tan ingrato como el de la enfermedad. "La última vez que estuve enfermo tenía once años", me confesó.

¡Cincuenta años de salud! No sentía por él una admiración ilimitada, pero aquella confianza hizo que le despreciara instantáneamente.

*

Todos estamos equivocados, excepto los humoristas. Únicamente ellos, riéndose de todo, han intuido la inanidad de lo serio y hasta de lo frívolo.

*

Me reconciliaré conmigo mismo el día que acepte la muerte como se acepta una invitación a cenar: con una repugnancia divertida.

*

Sólo deberíamos importunar a alguien para anunciarle un cataclismo o hacerle un elogio que le produjera vértigo.

*

Hay que estar chiflado para lamentarse de la desaparición del hombre, en lugar de entonar un: "¡Ya era hora!"

*

Una excepción inútil, un modelo al que nadie haga caso -ese es el rango al que debemos aspirar si queremos enaltecernos ante nosotros mismos.

*

El escéptico puede llegar a admitir que la verdad existe, pero deja para los inocentes la ilusión

de creer que algún día podrá ser poseída. Por lo que a mí respecta, piensa él, me atengo a las apariencias, las constato y me adhiero a ellas en la medida en que, como ser vivo, no puedo hacer otra cosa. Actúo como los demás, ejecuto sus mismos actos, pero no me confundo ni con mis palabras ni con mis gestos. Me someto a las costumbres y a las leyes, hago como si compartiera las convicciones, es decir, las manías de mis conciudadanos, sabiendo que, en última instancia, soy tan poco *real* como ellos.

¿Qué es, entonces, el escéptico? Un fantasma... conformista.

*

- Deberíamos vivir como si nunca tuviéramos que morir.

- ¿Todavía no sabe usted que así vivimos todos, incluidos los atormentados por la Muerte?

*

Asistir al empobrecimiento de uno mismo, a la propia decadencia, contemplar la versión *razonable* del alucinado que se ha sido.

*

En general, aceptamos sin demasiadas dificultades que nuestro tiempo se acaba; lo que nunca confesamos es que encontramos cierto placer en sobrevivirnos. Y esa satisfacción clandestina, repugnante, es sentida por más de un cuarto de la humanidad... Según algunos, negar el pecado original es una prueba de no haber tenido hijos.

... Yo no los he tenido, pero me basta recordar mis propias reacciones de niño para no albergar la menor duda sobre nuestra primera deshonra.

*

Un amigo mío, hipersensible, se extraña, incomprensiblemente ciego, de que su hijo presente síntomas inquietantes. Los delicados no deberían procrear o, si lo hacen, tendrían que saber hacia que clase de remordimientos se encaminan.

*

La vida es más y menos que el hastío, aunque podamos discernir su valor gracias a él. Cuando el hastío se infiltra en nosotros y caemos bajo su hegemonía secreta, todo lo demás nos parece insignificante. Seguramente podría decirse lo mismo del dolor. Pero el dolor se encuentra localizado, mientras que el hastío evoca un mal sin sede, sin soporte, sin nada excepto esa misma nada inidentificable que nos corroe. Corrosión pura cuyo efecto, imperceptible, nos metamorfosea lentamente en una ruina invisible para los demás y hasta para nosotros mismos.

*

Las obsesiones macabras no entorpecen la sexualidad. Ocurre más bien lo contrario. Se puede ver el mundo como un monje budista y demostrar al mismo tiempo cierto vigor. Esta extraña compatibilidad hace ilusoria la pretensión de realizarse a través del ascetismo.

*

Afortunadamente, nuestras dolencias nos preservan de los vértigos abstractos, convencionales, "literarios". A cambio, nos colman de vértigos propiamente dichos.

*

¡Haber proferido más blasfemias que todos los demonios juntos y verse maltratado por los órganos, por los caprichos de un cuerpo, de un escombro!

*

Quien no haya sufrido no es un *ser*; es, todo lo más, un individuo.

*

Nos hacemos una idea elevada de nosotros mismos en los intervalos en los que desdeñamos a la Muerte; en cambio, cuando la miramos con la abyección del espanto, somos más auténticos, más *profundos*, como sucede siempre que rechazamos la filosofía, la afectación, la mentira.

*

Una amiga, a la que encontré mientras paseaba, intentaba convencerme de que lo "divino" se encuentra en todas las criaturas, sin excepción. "¿También en ésa?", le repliqué, señalando a una paseante de aspecto intolerablemente vulgar. No supo qué responder. Hasta tal punto es cierto que la teología y la metafísica abdican ante la autoridad del detalle mezquino.

*

Todos los gérmenes, buenos y malos, están en nosotros, salvo el de la renuncia. ¿Qué tiene de extraño que nos aferremos espontáneamente a las cosas y tengamos necesidad del heroísmo para efectuar el movimiento inverso? Si hubiésemos recibido el don de la renuncia no habríamos tenido que hacer más esfuerzo que el de *condescender* a existir.

*

Tomar partido o no, abrazar una doctrina o condenarlas todas en bloque: el mismo orgullo en ambos casos, con la diferencia de que el riesgo de sonrojarse de uno mismo es mucho mayor en el primero que en el segundo, ya que la *convicción* es la causa de casi todos los extravíos y de casi todas las humillaciones.

*

- Su libro es un libro fallido.

- Seguramente, pero olvida usted que yo lo he querido así y que sólo de ese modo podía resultar *logrado*.

*

Morir a los sesenta o a los ochenta años es más duro que a los diez o a los treinta. Ser adicto a la vida, ese es el quid; pues la vida es el mayor vicio que existe. Lo cual explica el trabajo que cuesta deshacerse de ella.

*

Cuando, inexplicablemente, me siento contento de todo, hasta de Dios y de mí mismo, me comporto como quien, un día radiante, se inquietara porque el sol va a estallar dentro de miles de millones de años.

*

"¿Qué es la verdad?" es una cuestión fundamental. Pero ínfima comparada con: "¿Cómo soportar la vida?" La cual palidece al lado de ésta: "¿Cómo soportarse?" -Esa es la pregunta capital a la que nadie puede responder.

*

¿Qué clase de olvido hizo que me pusiera a contarle a aquel enfermo tan grave uno de mis paseos por el cementerio de Passy y la conversación que mantuve allí con el sepulturero de servicio? A mitad de una broma me detuve en seco, lo cual no hizo más que acentuar la inconveniencia de mi cháchara. Este género de temas sólo puede abordarse en la mesa, cuando se festeja algo y se necesitan algunas alusiones fúnebres para abrir el apetito.

*

Los únicos instantes que merecerían sobrevivir al hundimiento de nuestra memoria son aquellos en los que no podemos perdonarnos el hecho de no ser ni el Primero ni el Ultimo.

*

Quienes reprocharon a aquel filósofo que pusiera su nombre bajo protestas contradictorias, que firmara al mismo tiempo o sucesivamente a favor de partidos, ejércitos o tesis en conflicto, sin tener en cuenta sus propias opciones, olvidaban que la filosofía debería ser precisamente eso. ¿De qué sirve dedicarse a ella si no es para comprender las razones de los demás? Entre dos enemigos que combaten es dudoso que sólo uno de ellos esté en lo cierto. Cuando se escucha con buena fe a uno y a otro, no queda más remedio que inclinarse ante las evidencias de cada uno, corriendo el riesgo de parecer una veleta, de ser, en suma, demasiado filósofo.

*

¿Qué pensar de los demás? Cada vez que conozco a alguien me hago esta pregunta. Tan extraño me parece que existamos y que aceptemos existir.

*

En el *Jardin des Plantes* contemplo largamente los ojos de un cocodrilo, su mirada inmemorial. Lo que me seduce de los reptiles es ese alelamiento impenetrable que los emparenta con las piedras: se diría que vienen *de antes* de la vida, que la precedieron sin anunciarla, que huían de ella...

*

"¿Qué es el mal? Lo que se hace para conseguir un instante de felicidad en este mundo."

Abhidarmakosavyakhya

Era necesario un título como este para poder tragar semejante respuesta.

*

En el Infierno, el círculo menos poblado, pero más difícil de soportar, debe ser aquel en el que no se puede olvidar el Tiempo ni un sólo instante.

*

"No tiene importancia saber quién soy puesto que un día no seré" -Esto es lo que deberíamos

responder a quienes se preocupan por nuestra identidad y desean encerrarnos a toda costa en una categoría o en una definición.

*

Todo es nada, incluso la conciencia de la nada.

*

Ese pueblo misterioso, profundo, complicado, incomprensible, que ha sobresalido y sobresale en todo, hasta en su ocaso, tendrá un final digno de él y conocerá calamidades de las que no deberá ruborizarse.

*

Se ha criticado a Homero (el propio Heráclito sostuvo que merecía el látigo) porque no se andaba con rodeos, porque sus dioses, al igual que los mortales, actuaban como verdaderos canallas. La filosofía no les había hecho aún decentes, anémicos, blandos. Jóvenes, vivos y bien vivos, compartían con los humanos su pasión por lo nefasto. Según demuestra la historia, lo que más se debe temer es la aurora de una mitología. Lo ideal serían dioses *fatigados* y eternos. Por desgracia, cuando llegan al estadio en el cual el cansancio sucede a la ferocidad, no sobreviven mucho tiempo. Otros, vigorosos e inclementes, les reemplazan. De esta manera vamos indefinidamente de lo apacible a lo siniestro, del reposo a la epopeya.

*

¡Abominable Clío!

*

No es en absoluto desoladora la idea de que nadie recordará el accidente que hemos sido, de que no subsistirá la menor huella de ese yo anhelante de suplicios que ningún torturador se hubiera atrevido a soñar jamás.

*

¡Ser incapaz de vivir en cada instante, no poder vivir más que en el porvenir o en el pasado, en la ansiedad o en la nostalgia! Los teólogos son categóricos: esa es la condición, la definición misma del pecador. Un hombre sin presente.

*

Todo cuanto ocurre es a la vez natural e inconcebible.

Conclusión que se impone tanto si consideramos los grandes acontecimientos como los pequeños.

*

Despertarse cada mañana con el ánimo de un republicano al día siguiente de Farsalia.

*

Un asco, un asco -para perder el uso de la palabra y hasta de la razón.

La mayor proeza de mi vida es hallarme todavía vivo.

*

Si las olas reflexionaran, creerían que avanzan, que tienen un objetivo, que progresan, que trabajan para el bien del Mar, y llegarían a elaborar una filosofía tan necia como su obstinación.

*

Si poseyéramos una percepción infalible de lo que somos, tendríamos justo el valor de acostarnos, pero no el de levantarnos.

*

Durante toda mi vida he luchado conmigo mismo con la única intención de dejar de hacerlo. Resultado: ninguno.

Dichosos quienes ignoran que madurar es asistir al empeoramiento de las propias incoherencias y que ese es el único progreso del que deberíamos poder jactarnos.

*

Todo lo que he abordado, todo aquello sobre lo que he escrito a lo largo de mi existencia, es indisociable de lo que he vivido. No he inventado nada, he sido solamente el secretario de mis sensaciones.

IV

Epicteto: "La felicidad no consiste en adquirir y gozar sino en no desear". Si la sabiduría se define por oposición al Deseo, es porque pretende hacernos superiores tanto a las decepciones corrientes como a las decepciones dramáticas, inseparables unas y otras del hecho de desear, de esperar. Especializada en el arte de hacer frente a los "golpes de la fortuna", la sabiduría intenta preservarnos sobre todo de las decepciones capitales. Quienes más lejos llevaron este arte fueron los estoicos. Según ellos, el sabio ocupa una posición excepcional en el universo: los dioses están al abrigo del infortunio, el sabio está *por encima* de él, investido de una fuerza que le permite vencer todos sus deseos, mientras que los dioses siguen sometidos a los suyos, viven aún en la servidumbre. ¿Cómo alcanza el sabio lo insólito, cómo consigue ser superior a los demás seres? A primera vista no parece advertir el alcance de su situación: está muy por encima de los hombres y de los dioses, pero debe esperar algún tiempo para darse cuenta de ello. Podemos comprender que no le resulte fácil entender su posición, máxime ni nos preguntamos dónde y cuándo hemos visto una anomalía tan prodigiosa, un espécimen semejante de virtud y orgullo. Para Séneca, el sabio posee respecto a Júpiter el privilegio de poder despreciar las ventajas de este mundo, mientras que Júpiter no tiene ni la oportunidad ni el mérito de desdeñarlas, puesto que no las necesita y las rechaza de entrada.

Jamás el hombre ha estado mejor considerado. ¿Dónde buscar el origen de visión tan exagerada? Nacido en Chipre, Zenón, padre del estoicismo, era un fenicio helenizado que hasta el fin de su vida conservó su calidad de meteco. Antístenes, fundador de la escuela cínica (cuya versión mejorada o deformada, como se prefiera, es el estoicismo), nació en Atenas de madre tracia. Es evidente que hay algo de no griego en estas doctrinas, un estilo de pensamiento y de vida procedente de otros horizontes. Podría sostenerse que todo lo que atrae y repele en una civilización avanzada es producto de los recién llegados, de los inmigrantes, de los marginados ávidos de deslumbrar..., de un hampa refinada.

Con la llegada del cristianismo, el sabio dejó de ser un ejemplo; en su lugar comenzó a venerarse al santo, variedad convulsiva de aquél y por ello más accesible a las masas. A pesar de su difusión y de su prestigio, el estoicismo continuó siendo el privilegio de los refinados, la ética de los patricios. Desaparecidos éstos, tenía que desaparecer él también. El culto de la sabiduría iba a eclipsarse por mucho tiempo, casi podría decirse que para siempre. En cualquier caso, no se encuentra en ninguno de los sistemas modernos, todos ellos concebidos no tanto por anti-sabios como por *no-sabios*.

*

Si en vez de morir a los treinta y dos años, Juliano el Apóstata hubiera llegado a una edad avanzada, ¿habría conseguido sofocar la superstición naciente? Podemos dudarlo; él mismo debió dudarlo, pues de otro modo no habría ido a luchar contra los partos, arriesgando estúpidamente su

vida, mientras un combate mucho más importante le esperaba. Sin duda sentía su empresa condenada al fracaso. Lo mismo le daba, pues, perecer en cualquier lugar de la periferia del imperio.

*

Acabo de leer en una biografía de Chejov que el libro que más anotó fue el de Marco Aurelio. He ahí un detalle que me colma tanto como una revelación.

*

¿Cómo diferenciar las cosas que dependen de nosotros de las que no dependen? Yo no lo sé.

A veces me siento responsable de todo lo que hago, aunque advierta, pensándolo bien, que he seguido un impulso del que no era dueño; en otras ocasiones, me creo condicionado y esclavizado sin haber hecho otra cosa que actuar de acuerdo con un razonamiento surgido fuera de toda coerción, incluso... racional.

Imposible saber cuándo y cómo se es libre, cuándo y cómo manipulado. Si nos interrogáramos continuamente para identificar la naturaleza precisa de cada acto, desembocaríamos en el vértigo antes que en una conclusión. De lo cual se deduce que, si existiera una solución al problema del libre albedrío, la filosofía no tendría ninguna razón de existir.

*

Sólo eliminando lo perecedero, todo lo que nos *importa*, podemos concebir la eternidad; la cual es ausencia, es el ser que no cumple ninguna de las funciones del ser, privación erigida en no se sabe qué, o sea, nada o, a lo sumo, una ficción estimable.

*

Como el verdadero éxtasis, la euforia, éxtasis frívolo, no es un fenómeno natural sino una desviación, una herejía, un estado aberrante y sin embargo inesperado que siempre se paga. En consecuencia, cada vez que lo alcancemos debemos esperar una "*expiación*", inmediata o tardía, pero en todo caso inevitable. El *júbilo* produce, bajo cualquiera de sus formas y en grados diversos, jaqueca, náuseas o cualquier otra cosa igualmente deplorable y degradante.

*

Signo evidente de irrealización espiritual: toda reacción apasionada ante una crítica, y ese encogimiento del corazón en el instante en que nos sentimos aludidos de una u otra forma. Es el grito del viejo Adán dentro de cada uno de nosotros, la prueba de que no hemos superado aún nuestros orígenes. Mientras no aspiremos a ser despreciados, seremos como los demás, como

aquellos a quienes despreciamos precisamente.

*

Durante toda su vida X., en vez de mirar las cosas de frente, ha hecho malabarismos con los conceptos y ha abusado de los términos sin referencia concreta. Ahora que tiene que pensar en su muerte, se siente acosado. Por fortuna, según su costumbre, se pierde en abstracciones y tópicos que su propia jerga realza. Un escamoteo prestigioso, eso es la filosofía. *Todo es escamoteo*, en el fondo, salvo esta aserción ligada a un orden de proposiciones que no nos atrevemos a poner en tela de juicio porque emanan de una certeza incontrolable, y como si fuera *anterior* a la aventura del cerebro.

*

Era en invierno, en el Jardín de Luxemburgo, poco después de su apertura. No había más que una pareja: él un viejo delgado y fogoso, ella una joven con aspecto de campesina. La niebla era tan densa que hasta de cerca parecían sombras. Cada diez pasos se detenían para besarse, precipitándose el uno contra el otro con un arrebato que yo no había visto nunca. ¿Era alegría o desesperación lo que provocaba ese frenesí a una hora tan temprana, tan poco propicia para las efusiones? Y si en la calle se comportaban así, ¿qué sería en la intimidad? Siguiéndoles, pensaba que toda acrobacia a dos es error, engaño, pero engaño aparte, error inclasificable.

*

¿Para qué agitarse en plena noche, hacer toda clase de ejercicios, ingerir comprimidos? Para esperar el eclipse de ese fenómeno, de esa aparición nefasta que es la conciencia. Sólo un ser consciente, un enfermo, ha podido inventar una expresión como *abismarse* en el sueño. Abismo, pero abismo raro, inaccesible, abismo prohibido, sellado, en el que tanto nos gustaría desaparecer para siempre.

*

De joven soñaba con ponerlo todo patas arriba. He llegado a una edad en la que ya no se arrolla nada, en la que se es arrollado. ¿Qué ha ocurrido entre los dos extremos? Algo que es nada y todo: la in formulable evidencia de que no se es ya el mismo, de que nunca se volverá a ser el mismo.

*

Cada individuo que desaparece arrastra consigo al universo entero: de golpe todo queda suprimido, todo. Justicia suprema que legitima y rehabilita a la muerte. Puesto que nada nos sobrevive, vayámonos sin pesar, ya que nuestra conciencia es la sola y única realidad: abolida ésta

todo queda abolido, incluso si *sabemos* que objetivamente eso no es cierto y que en realidad nada nos acompaña, nada condesciende a desaparecer con nosotros.

*

Anuncio en un jardín público: "A causa del estado (*edad y enfermedad*) de los árboles, se procederá a su sustitución".

¡Conflicto generacional incluso aquí! El simple hecho de vivir, hasta para un vegetal, implica un coeficiente de fatalidad. De ahí que sólo nos sintamos satisfechos de respirar cuando olvidamos que nos hallamos vivos.

*

Nada estimula tanto como el relato de una conversión. En lugar de tonificantes, deberían prescribirse confesiones de iluminados, de *regenerados*: qué vitalidad, qué apetito de ilusión, qué resplandor en cualquier mentira nueva, e incluso vieja. En contacto con la verdad, por el contrario, todo se ensombrece, todo se vuelve hostil, como si su papel consistiera precisamente en dejarnos sin defensas.

*

Parece que en China escuchar con atención el tic-tac de un reloj es para los refinados (o más bien era, porque todo esto huele a pasado) el placer más sutil. Esta atención en apariencia *material* al Tiempo es un ejercicio altamente filosófico del que se obtienen resultados maravillosos e inmediatos, - inmediatos solamente.

*

El Tedio, producto corrosivo de la obsesión del Tiempo, podría pulverizar hasta el granito. -¡Y hay quien pide a engendros como yo que le hagan frente!

*

Toda una época de mi vida me resulta hoy apenas imaginable, hasta tal punto me es ajena. ¿Cómo pude ser quien fui? Mis entusiasmos de entonces me parecen hoy irrisorios, fiebre derrochada en vano.

Si aplicara esta óptica al conjunto de mi vida, tal vez llegara a ver todo lo que he vivido como una superchería o una bufonada, o como lo inconcebible. ¿Y si fuera eso lo que se percibe en el momento de expirar? Pero no es preciso aguardar ese instante: gracias a algunos momentos de iluminación nos damos cuenta de que los cimientos de una existencia son tan frágiles como las apariencias que los ocultan y que ni siquiera nos queda el recurso de considerarlos podridos,

puesto que son lisa y llanamente inexistentes.

*

Después de todo, la gente tiene razón no queriendo contemplar el Fin, sobre todo cuando se ve el estado de quienes lo intentan.

*

Nosotros olvidamos al cuerpo, pero el cuerpo no nos olvida a nosotros. ¡Maldita memoria de los órganos!

*

Siempre he deplorado tanto mis adhesiones como mis fobias.
¡Que no haya podido yo participar en la orgía de la abstención!

*

Lo que puede decirse carece de realidad. Únicamente existe e importa lo que no es posible expresar con palabras.

*

¡Ay del libro que pueda leerse sin interrogarse constantemente sobre el autor!

*

Orgullosa de su "instinto", de su "olfato", Nietzsche sintió la importancia de un Dostoievski, pero cuántos errores cometió en contrapartida, qué admiración por cantidad de autores de segunda y tercera fila. Lo más desconcertante es que también él creyera que detrás de Shakespeare estaba Bacon, el menos poeta de los filósofos.

Si hiciésemos una relación de todos sus desatinos advertiríamos que igualan en número y gravedad a los de Voltaire, con un atenuante a su favor: Nietzsche erró con frecuencia por su *voluntad* de ser o parecer frívolo, mientras que el otro no tuvo ninguna necesidad de hacer el esfuerzo.

*

Pensar es perseguir la inseguridad, atormentarse por futilidades grandiosas, recluirse en abstracciones con una avidez de mártir, buscar la complicación como otros buscan la destrucción

o el beneficio. El pensador, por definición, *codicia el tormento*.

*

Si la muerte no fuera una solución, el hombre habría encontrado ya un medio de evitarla.

*

Para Alcmeón de Crotona, contemporáneo de Pitágoras, la enfermedad se debía a una ruptura del equilibrio entre lo caliente y lo frío, lo húmedo y lo seco, elementos contrarios que nos constituyen. Cuando uno de ellos prevalece y dicta la ley, surge la enfermedad, es decir, la "monarquía" de uno de los elementos, mientras que la salud resultaría de la igualdad entre ellos.

Hay algo de cierto en esta visión: todo desequilibrio nace de la preeminencia abusiva de algún órgano a expensas de los demás, de su *ambición* por imponerse, por proclamar, *gritar* su presencia: a fuerza de agitarse, de hacerse notar, importuna al organismo entero y compromete su porvenir. Un órgano enfermo es un órgano que se emancipa del cuerpo y lo tiraniza, destruzándolo y destruzándose él mismo, únicamente para alardear, para ser la "estrella".

*

No tiene ningún sentido decir que la muerte es el objeto de la vida. Pero, ¿qué otra cosa decir?

*

Trato de imaginar el instante en el que venceré a mi *último* deseo.

*

Lástima que Dios no haya guardado para sí el monopolio del "ego", que nos haya autorizado a hablar en nuestro propio nombre. Hubiera sido tan sencillo ahorrarnos la plaga del "yo"...

*

"Seguir las propias inclinaciones en lugar de buscarse un camino".

Estas palabras de Talleyrand me persiguen. Contrariando mis "inclinaciones", hace años que empleo fórmulas de sabiduría ajenas a mi naturaleza, afanándome en neutralizar mis malos instintos, en lugar de dejarme llevar, de abandonarme a... mí mismo. Pero me ha tentado un seductor, el genio de la *salvación*, y sucumbiendo a él, aunque sólo haya sido algunas veces, he contribuido de la mejor manera posible al debilitamiento de quien fui y de quien debería haber seguido siendo.

Somos nosotros mismos cuando movilizamos todos nuestros defectos, nos solidarizamos con

nuestras flaquezas y seguimos nuestra "inclinación". En cuanto buscamos nuestro "camino" nos imponemos algún modelo noble, nos sabotamos, nos extraviamos...

*

La originalidad de un ser se confunde con su manera particular de irse a pique. Primacía de la no injerencia: que cada uno viva y muera como mejor entienda, como si tuviera la suerte de no parecerse a nadie, como si fuera un monstruo bendito. Si dejamos a los demás ser como son, nos lo agradecerán, mientras que si deseamos a toda costa su felicidad, se vengarán.

*

Sólo somos *auténticos* cuando ningún talento nos estorba.

*

Nos arrepentimos de no tomar decisiones, pero nos arrepentimos mucho más después de haber tomado una cualquiera: más vale no actuar que sufrir las consecuencias de un acto.

*

Palabras de Isaac el Sirio: "el mejor signo para reconocer a quienes han alcanzado la perfección es que si debieran ser entregados a las llamas diez veces al día por amor del género humano, aún les parecería que no es suficiente".

Qué generosidad y qué perversión en aquellos anacoretas tan dispuestos a sacrificarse, que rezaban por todo y por todos, hasta por los reptiles. Y qué ociosidad. Hay que disponer de mucho tiempo libre y de una curiosidad de desequilibrado para apiadarse de todo lo que se mueve. ¿El ascetismo? Una depravación sublime...

*

Cualquier enfermo piensa más que un filósofo. La enfermedad es disyunción, es decir, reflexión. Siempre nos separa de algo, a veces de todo. Hasta el idiota supera su idiotez cuando experimenta una sensación violenta de dolor; es consciente de su sensación y se coloca fuera de ella, y puede que hasta de sí mismo, en cuanto siente que es él quien sufre. De modo semejante, deben existir grados de conciencia entre los animales, según la intensidad de la dolencia que padezcan.

*

Nada hay más misterioso que el destino de un cuerpo.

*

El tiempo no tiene significado absoluto más que para los incurables.

*

No definir nada forma parte de las obligaciones del escéptico. Pero ¿cómo evitar la vanidad que produce el hallazgo de la definición más nimia? Definir es una de las manías más antiguas del hombre, debió nacer con la primera palabra.

*

Bien mirado, la filosofía no es tan despreciable: ocultarse tras verdades más o menos objetivas, divulgar pesadumbres que en apariencia no nos afectan, cultivar desasosiegos sin rostro, esconder bajo el fasto del verbo voces de desamparo. ¿La filosofía? Grito anónimo...

*

La conversación sólo es fecunda entre seres empeñados en consolidar sus perplejidades.

*

- Debería usted pasar un día por casa, pues podríamos morir sin volvernos a ver.
- Puesto que de todos modos debemos morir... ¿para qué volver a verse?

*

Nos dormimos siempre con una satisfacción indescriptible, nos deslizamos en el sueño dichosos de evadirnos a través de él. Y si despertamos a regañadientes es porque no se abandona sin desgarramiento la inconsciencia, verdadero y único paraíso. O lo que es lo mismo: el hombre sólo se siente plenamente satisfecho cuando deja de ser hombre.

*

"La maledicencia, proclama el Talmud, es un pecado tan grave como la idolatría, el incesto o el asesinato". De acuerdo. Pero si es posible vivir sin matar, sin acostarse con su madre y sin hacerle sacrificios al becerro de oro, ¿mediante qué subterfugio se puede pasar de un día a otro sin odiar al prójimo y sin odiarse a sí mismo en él?

*

Entre una bofetada y una falta de delicadeza, se soporta siempre mejor la bofetada.

*

Cuando nos levantamos de mal humor es inevitable que acabemos haciendo descubrimientos atroces, aunque no sea más que observándonos.

*

Gran exposición de insectos. Nada más entrar, me di media vuelta. No estaba en disposición de *admirar*.

*

Haber nacido en un país del que no se hablará jamás es una mortificación terrible, pero soportable.

*

Todo el mundo se engaña, todo el mundo vive en la ilusión. En el mejor de los casos podría admitirse una escala de ficciones, una jerarquía de irrealidades, dar preferencia a una en lugar de a otra; pero *optar*, no, decididamente no.

*

La percepción del vacío es lo único que nos permite triunfar sobre la muerte. Si todo carece de realidad, ¿por qué la muerte habría de poseerla?

*

Más aún que en el poema, es en el aforismo donde la palabra es dios.

*

¿Cómo volver al día siguiente sobre una idea de la que nos hemos ocupado la víspera, si después de cualquier noche no se es ya el mismo? Quienes juegan el juego de la continuidad son unos farsantes. -El *fragmento*: género decepcionante sin duda, aunque el único honesto.

*

Todos esperamos que las enfermedades o los años nos dejen fuera de la circulación; sin embargo, resultaría tan sencillo acabar de una vez con *todo esto*. Los individuos, igual que los imperios, disfrutan con los lentos finales vergonzosos.

*

¿Cómo explicar que lo que queremos hacer y, más aún, lo que hacemos, nos parezca capital? La ceguera que sacó a Dios de su holgazanería inicial se halla en cualquiera de nuestros gestos -y esa es nuestra gran excusa.

*

Durante toda la mañana no he hecho más que repetirme: "El hombre es un abismo, el hombre es un abismo". Por desgracia, no he podido encontrar nada mejor.

*

La vejez, en definitiva, no es más que el castigo por haber vivido.

*

El tedio, que parece profundizarlo todo, no profundiza nada, por la sencilla razón de que no se hunde más que en sí mismo y no sondea sino su propio vacío.

*

La esperanza es la forma normal del delirio.

*

Mi carencia de ser. No se puede vivir mucho tiempo sin cimientos, por mucho que yo me empeñe.

*

Lo difícil no es tratar de resolver una de esas grandes cuestiones insolubles, sino escribir a alguien unas líneas llenas de delicadeza en las que se diga todo y nada.

*

Por mucho que lo intento, no logro ver *qué* es lo que podría existir.

*

Un sueño curioso en el que prefiero no detenerme. Otros lo habrían desmenuzado. Qué error. Dejemos a las noches enterrar a las noches.

*

Cuando se ama una lengua tanto por sus virtudes manifiestas como por sus virtudes latentes, el trato sacrílego que le infligen los lingüistas los hace tan odiosos que de buena gana nos solidarizaríamos con el primer régimen que los ahorcara por decreto.

*

A Pascal sólo se le puede citar en francés. Es el único prosista que, incluso perfectamente traducido, pierde su tono, su sustancia, su unicidad. A fuerza de propagarse, los *Pensées* se han convertido en cantilenas, en clichés. Cantilenas extraordinarias, clichés fulgurantes. Pero, brillantes o fútiles, los clichés no pueden alterarse, deben servirse intactos, en su expresión original y gastada, como relámpagos manidos.

*

Algunos pretenden que "aceptarse a sí mismo" es indispensable si se quiere producir, "crear". Es más cierto lo contrario. Precisamente porque no nos aceptamos obramos y nos interesamos por los demás y, sobre todo, por nosotros mismos: para saber quién es ese desconocido que encontramos a cada paso, que se niega a dar su nombre y de quien no podemos desembarazarnos si no es cebándonos en sus secretos, violándolos y profanándolos.

*

Un libro ligero e irrespirable que llegase al límite de todo y no se dirigiera a nadie.

*

Cualquiera puede condensar el pensamiento, pulir verdades descarnadas. Pero la *punta* sin la cual un aforismo no pasa de ser un enunciado, una máxima, exige una pizca de virtuosismo y hasta de charlatanería. Los espíritus íntegros no deberían aventurarse por ese camino.

*

Seguramente es mediocre el autor que escribe para la posteridad. No debería saberse para

quién se escribe.

*

Reflexionar es constatar una imposibilidad. Meditar es otorgar a esa constatación un título de nobleza.

*

¿Qué es mejor, realizarse en el plano literario o en el espiritual, tener talento o fuerza interior? Parece preferible la segunda fórmula, más rara y enriquecedora. El talento está condenado a secarse; la fuerza interior, por el contrario, aumenta con los años, incluso puede alcanzar su apogeo en el momento de expirar.

*

Según Julius Capitolinus, biógrafo de Marco Aurelio, éste concedía a los amantes de su mujer "los más altos honores".

La sabiduría tiende a la extravagancia; un sabio sólo merece ser llamado así en la medida en que es *excéntrico*.

*

Si el equilibrio, bajo cualquiera de sus formas, ahoga el espíritu, la salud lo aniquila claramente.

*

Nunca he podido saber lo que significa *ser*, excepto en algunos momentos particularmente no filosóficos.

*

Sólo nos sentimos colmados cuando no aspiramos a nada y de esa nada nos empapamos hasta embriagarnos.

*

Si me quedara ciego, lo que más sentiría es no poder volver a mirar hasta la idiotez el desfile de las nubes.

*

Estar vivo no es normal, puesto que el ser vivo como tal no existe, no es verdaderamente real más que cuando está *amenazado*. La muerte no sería, a fin de cuentas, más que la interrupción de una anomalía.

*

Según parece, un niño que no sonrío a los dos años y medio debe inspirar inquietudes. La sonrisa sería una señal de salud, de equilibrio. Es verdad que los locos, más que sonreír, ríen.

*

Se vive en la mentira mientras no se ha sufrido. Pero cuando se comienza a sufrir, se irrumpe en la verdad únicamente para echar de menos la mentira.

*

Ante este amontonamiento de tumbas, se diría que la gente no tiene más preocupación que morirse.

*

Un desconocido quiere saber si sigo viendo a X. Le contesto que no y le doy las razones de mi alejamiento con tal precisión que, una vez despierto, me pregunto cómo es posible que soñando pueda exponerse una situación tan rigurosamente, mientras que todo lo demás está sumido en el desbarajuste, lo grotesco y la anarquía del sueño. Es la *lógica del rencor*, algo que desafía a todo, incluso al Caos.

*

¿Se puede tener carácter sin caer en el fanatismo? Por desgracia, la *firmeza* siempre desemboca en él. Hasta el "héroe" no es más que un fanático disfrazado.

*

Sensaciones extrañas toda la mañana: ganas de manifestarme, de hacer proyectos, de decretar, de *trabajar*. Delirio, arrebató, embriaguez, bienestar irreprimible. Afortunadamente, la fatiga vino a calmarme, a llamarme al orden, a la nada de cada minuto.

*

Lo peor no es el hastío, ni siquiera la desesperación, sino el encuentro de ambos, su colisión.
¡Sentirse aplastado entre los dos!

*

¿Soy un escéptico o un flagelante? No lo sabré nunca. Mejor así.

*

Todo aquel que no logre morir joven dejará tras de sí una imagen caricaturesca de su orgullo.

*

La desolación está tan ligada a lo que siento que adquiere la facilidad de un reflejo.

*

"Atentar contra nuestros días" -qué expresión tan acertada. Eso es lo que poseemos, en efecto, días, y es lo único contra lo que podemos atentar.

*

En el aburrimiento ordinario no se desea nada, ni siquiera se siente la curiosidad de llorar. Con el exceso de aburrimiento sucede todo lo contrario, pues ese exceso incita a la acción y llorar es una.

*

En aquel puerto normando acababan de atrapar un gran pez llamado "Pez de luna", que habría sido arrastrado hasta allí por una corriente cálida, pues no vive en aquellas regiones. Tendido sobre el malecón se sacudió y se retorció, luego se calmó y dejó de moverse. Una agonía sin angustia, una agonía modelo.

*

Si no existiera ese estupor abyecto que se siente frente a la muerte, sólo algunos desequilibrados resistirían al *encanto* que sin duda ella ejercería sobre todo individuo normalmente constituido.

*

La teología distingue la gloria esencial de la gloria accidental. Nosotros conocemos y comprendemos solamente la segunda. Pero la otra es la única que importa.

*

Todo *proyecto* es una forma encubierta de esclavitud.

*

Resignarse o saltarse la tapa de los sesos es la alternativa ante la que nos encontramos en ciertos momentos cruciales de la vida. De todos modos, la única dignidad verdadera es la del excluido.

*

Comencé a decaer cuando el éxtasis dejó de visitarme, cuando lo extraordinario salió de mi vida. En su lugar se instaló una extrañeza estéril y ansiosa que, corre a la larga, el peligro de desvalorizarse, de degradarse, de perderlo todo, hasta la ansiedad.

*

Es falso que la idea de la muerte nos libere de los pensamientos ruines. Ni siquiera hace que nos sonrojemos de ellos.

Nada nos corrige de nada. El ambicioso seguirá siéndolo hasta su último soplo de vida y perseguiría la fama y la fortuna aunque el planeta estuviese a punto de saltar en pedazos.

*

En este momento estoy *solo*. ¿Podría desear algo mejor, existe dicha más intensa? Sí, la de oír, a fuerza de silencio, cómo se *agrand*a mi soledad.

*

Según la mitología sumeria, el diluvio fue el castigo que los dioses infligieron al hombre por el ruido que hacía -¿qué no daría yo por saber cuál será su recompensa por el estruendo actual!

*

He dado tantas vueltas a la idea de la muerte que mentiría si dijera en que punto me encuentro respecto a ella. Lo único cierto es que me resulta imposible olvidarla, rumiar otra cosa...

*

La timidez, fuente inagotable de desgracias en la vida práctica, es la causa directa y hasta única de toda riqueza interior.

*

El hombre, "ex-animal", pero animal todavía, es mejor y peor que el animal. El superhombre, si pudiera existir, sería mejor y peor que el hombre. Un *indeseable*, y de los más inquietantes, cuya llegada no podría esperarse sin ligereza.

*

Es una locura apegarse a los seres y a las cosas, pero mayor aún lo es creer que uno puede desentenderse de ellos. Haber querido renunciar a toda costa y no ser más que un *candidato* permanente a la renuncia.

*

Únicamente el boato verbal de la metafísica -cuando nos rebajamos a utilizarla- consigue poner de relieve a la existencia.

En cuanto la consideramos sin ninguna clase de pompa ni de floritura queda reducida a un triste prodigio.

*

La muerte es lo más sólido que hasta ahora ha inventado la vida.

*

El momento crucial del drama histórico se encuentra fuera de nuestro alcance. Nosotros no somos más que los anunciadores, las *trompetas* de un Juicio sin Juez.

*

El tiempo, cómplice de los exterminadores, destruye la moral. ¿Quién odia hoy a Nabucodonosor?

*

Para que una nación destaque, es preciso que posea un nivel medio aceptable. Lo que llamamos *civilización*, o sencillamente *sociedad*, no es otra cosa que la excelente calidad de los mediocres que la componen.

*

Torquemada era *sincero*, es decir, inflexible, inhumano. Los papas, corruptos, fueron caritativos, como todos aquellos a quienes se puede comprar.

*

Las antiguas leyes de los judíos les prohibían predecir el futuro. Justa defensa. ¿Hubieran tenido fuerzas para seguir viviendo, para ser ellos mismos, para afrontar las sorpresas de un destino como el suyo, de haber previsto lo que les esperaba?

*

"Las fuerzas no actúan de abajo arriba sino de arriba abajo", ha dicho un autor hermético.

Tal vez sea cierto, pero en ningún caso eso podría aplicarse al desarrollo histórico, cuya ley es el *anegamiento*.

*

Ningún sistema, ninguna doctrina basada en la acción puede invocar a Epicuro, adversario de toda perturbación, de toda promesa, de la ostentación que va unida a cualquier paso hacia adelante. Nadie le ha citado nunca en una barricada. Su posición es una posición de repliegue y si trató de reformar a los hombres fue para atraerlos *más acá* de lo que buscaban. El ha sido el más inflexible enemigo del ardor, el denunciador por antonomasia de lo Mejor y de lo Peor.

*

Proverbio chino: "Cuando un solo perro ladra a una sombra, diez mil perros hacen de ella una realidad".

A colocar en epígrafe de cualquier comentario sobre las ideologías.

*

Poder contemplar el fin de una religión es un gran privilegio. Comparado con ello, ¿qué importancia tiene la desaparición de una nación o incluso de una civilización? Asistir al eclipse de un dios y de las barbaridades milenarias que ha provocado produce un júbilo que pocas generaciones, en el transcurso de los tiempos, han tenido el privilegio de conocer o de adivinar

siquiera.

*

Estamos condicionados, pero no somos autómatas. Somos más o menos libres en el interior de una fatalidad... imperfecta. Nuestros conflictos con los demás y con nosotros mismos abren una brecha en nuestra cárcel. Es cierto que existen grados de libertad, como de podredumbre.

*

Darle a la vida más importancia de la que tiene es el error que cometen los regímenes en declive. El resultado es que nadie está dispuesto a sacrificarse por ellos, de ahí que se hundan tras los primeros golpes que reciben; y eso es más cierto aún de las naciones en general: en cuanto consideran la vida como algo *sagrado*, ésta les abandona, deja de estar de su parte.

*

La libertad es un derroche, la libertad extenua, mientras que la opresión produce una acumulación de fuerzas e impide el despilfarro de energía provocado por la capacidad del hombre libre de exteriorizar, de proyectar fuera de sí mismo *lo que de bueno hay en él*. Se comprende así por qué los esclavos siempre vencen al final. Los amos, desgraciadamente para ellos, se manifiestan, se vacían de su sustancia, *se expresan*: el ejercicio espontáneo de sus dones, de sus ventajas de toda índole, les reduce a sombras. La libertad les devora.

*

Siervo, aquel pueblo edificó catedrales; emancipado, horrores solamente.

*

El hombre es *inacceptable*.

*

¡Huir de los embaucadores, no proferir jamás un *sí!*

*

Toda utopía en vías de realización se asemeja a un sueño cínico.

*

Sólo son soportables las religiones -o las ideologías- *superficiales*. Desgraciadamente, la historia no cuenta con muchas.

*

Fue con lágrimas, y no con agua, con lo que Prometeo mezcló la arcilla para modelar al hombre.

...Y se habla todavía, a propósito de la Antigüedad, de serenidad, vocablo que en ninguna época ha tenido el menor contenido.

*

Cuando nos encaprichamos con causas perdidas llegamos a pensar que todas lo son, y no nos equivocamos completamente.

*

"La vida de los locos es triste, agitada, se encuentra totalmente orientada hacia el porvenir" - esta frase de Séneca, citada por Montaigne, puede utilizarse para demostrar que la obsesión por el sentido de la historia es una fuente de anomalías: seguir su curso u oponerse a él es lo mismo, puesto que en ambos casos miramos hacia el futuro, como víctimas aquiescentes o morosas.

*

Desde los tiempos más remotos, el hombre se aferra a la esperanza de una conflagración definitiva que le libraría, de una vez por todas, de la historia. Lo significativo es que lo haya deseado tan pronto, prácticamente en sus comienzos, cuando los acontecimientos no podían abrumarle demasiado. Debemos pensar que su terror ante lo que le reservaban los siglos era tan vivo, tan neto, que inmediatamente se trocó en certidumbre, en visión, en esperanza...

*

"En mí existía el instinto de un desenlace fatal" -cualquiera tiene derecho a repetir estas palabras pronunciadas en Santa Elena: convienen incluso a la aventura humana en general, pues explican su carácter impuro y sus ambigüedades, lo vago y lo trágico, el avance jadeante, el camino hacia la última etapa, hacia el reino de las larvas y de los fantoches.

*

Según Novalis, de nosotros depende que el mundo sea conforme a nuestra voluntad.

Eso es exactamente lo contrario de lo que se puede pensar y sentir al final de una vida y, con mayor razón, al final de la historia...

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
11/08/2011*